

“Haití, más allá de los mitos”



Agosto 2021
Año 45, 2ª época
Edición digital

Ilustración de portada y
diseño editorial: Federico
Kaltenbach

**Publicación internacional de
análisis y opinión de la Agencia
Latinoamericana de Información**

ISSN No 1390-1230
Director: Osvaldo León

ALAI: Dirección postal
Casilla 17-12-877, Quito, Ecuador

Sede en Ecuador
Av. 12 de Octubre N18-24 y Patria,
Of. 503, Quito-Ecuador
Telf: (593-2) 2528716 - 2505074
Fax: (593-2) 2505073

URL: <http://alainet.org>

Redacción:
info@alainet.org

Publicidad:
alaiadmin@alainet.org

ALAI es una agencia informativa, sin
fines de lucro, constituida en 1976 en la
Provincia de Quebec, Canadá.

Las informaciones contenidas en esta
publicación pueden ser reproducidas
a condición de que se mencione
debidamente la fuente y se haga llegar
una copia a la Redacción.

Las opiniones vertidas en los
artículos firmados son de estricta
responsabilidad de sus autores
y no reflejan necesariamente el
pensamiento de ALAI.

A partir de 2020, la revista se publica
sólo en edición digital, de acceso
abierto en la página
www.alainet.org/es/info-revistas

553

AMERICA LATINA *en movimiento*

- 1 Haití, más allá de los mitos
Colectivo Editorial ALAI
- 3 “El olvido de Haití es el olvido del imaginario de la
Revolución”: una conversación con Eduardo Grüner
Lautaro Rivara
- 11 De exterminios y olvidos: la primera república
negra del mundo
Camila Koenigstein y Jean Jackson
- 17 Por la espada y por la pluma: la Revolución
Haitiana y la batalla de ideas
Juan Francisco Martínez Peria
- 22 El creole, válvula de escape del colonialismo
Jean Casimir
- 27 El blanco que no es: color e identidad en Haití
Claudia Alavéz García y Marcela Colocho
Rodríguez
- 31 La resistencia a la recolonización multicultural
de Haití
Mamyrah Dougé-Prosper
- 38 De la independencia a la MINUSTAH: el calvario de
Haití en las relaciones internacionales
Ricardo Seitenfus
- 46 El noreste del Haití contemporáneo: un invento del
modelo de acumulación
Georges Eddy Lucien
- 52 El movimiento feminista haitiano ante la agresión
internacional
Sabine Lamour



Haití, más allá de los mitos

Colectivo Editorial ALAI



El país más pobre del hemisferio occidental, carente de recursos naturales. Una república de esclavos, negros y descendientes de africanos. Un territorio devastado por terremotos y huracanes, por el cólera y el hambre. Un paisaje antediluviano, de lánguidas palmeras, arenas blancas y aguas cristalinas. Una nación de zombis, hechiceros y practicantes de vudú. Un estado frágil, débil, fallido o “delicuescente”. Una sociedad inestable, violenta, ingobernable. Un pueblo de migrantes, desplazados y boat people.

Es probable que esas breves coordenadas, esas frases telegráficas, resuman todo lo que alguna vez supo o escuchó sobre el país que nos ocupa. Una profunda maraña de prejuicios coloniales, estereotipos racistas y falacias eurocéntricas envuelven con tantas capas de cebolla a esa cosa llamada Haití, que el acercarse a su realidad exige el removerlas cuidadosamente, mediante una serie de operaciones de desaprendizaje. De soltar el pesado lastre de años de pedagogía colonial, con toda su carga de lugares comunes inoculados en las escuelas, los espacios políticos, las iglesias, los medios de comunicación y las academias, desde los mismísimos tiempos de la Revolución Haitiana de 1804, nuestra revolución más radical, además de nuestra revolución primera.

La presente edición, la número 553 de la revista América Latina en Movimiento, se propuso poner a Haití, su abigarrada historia y su candente actualidad, en el centro de nuestras reflexiones y preocupaciones. Y lo hizo, casualmente, antes de que un terremoto político volviera a poner a Haití de forma totalmente inesperada en el centro de la agenda internacional, como no lo había estado, precisamente, desde que un otro terremoto, esta vez físico, lo hiciera en el fatídico 12 de enero del año 2010. La conmoción suscitada por el magnicidio del ex presidente de facto Jovenel Moïse en la madrugada del día 7 de julio podría habernos hecho replantear el formato, el objetivo y los alcances de esta publicación. Pero no lo hizo. Más allá de las tentaciones del impresionismo y la crónica roja, creemos hoy más que nunca

que un material de estas características puede contribuir a la comprensión a la vez rigurosa y apasionada de aquella porción de isla que los indígenas taínos y arawakos, sus primeros custodios, bautizaron como Ayiti.

Decidimos por tanto reafirmarnos en al menos tres enfoques convergentes que estimularon desde su origen el nacimiento de esta publicación y la convocatoria a sus diversos autores y autoras. En primer lugar, en el abordaje ni episódico ni coyuntural de un país que tan pronto como fue iluminado por los reflectores de la gran prensa corporativa, volverá a quedar en penumbras cuando se resuelva la trama policial o se agoten los detalles más escabrosos del suceso.

En segundo lugar, privilegiando una mirada multidimensional, que pudiese abordar la irreductible singularidad del país (sin tener jamás la pretensión de agotarla), desde la óptica de diferentes disciplinas y enfoques: el económico, el histórico, el de la historia intelectual, el social, el lingüístico, el antropológico, el político y el geopolítico. Esto no hubiera sido posible sin la valiosa contribución de una serie de autoras y autores, tan diversos en sus trayectorias vitales como en sus orígenes nacionales. Esta edición cuenta con la palabra hablada y la palabra escrita, con artículos y entrevistas de personas especializadas en Haití y/o profundamente compenetradas con su realidad y su porvenir. Se trata de quienes se dedican a la investigación, la enseñanza, el periodismo, la organización comunitaria y el activismo político, desde países circunscritos al espacio latinocaribeño tales como Brasil, México, El Salvador, Argentina y, por supuesto y privilegiadamente, el mismo Haití, que acepta interlocutores fraternos pero no precisa de intérpretes ni ventrílocuos.

En tercer lugar, haciendo hincapié, precisamente, en el develar de esos mitos persistentes que se han convertido en una suerte de segunda piel que recubre el cuerpo de la nación haitiana. Los hay, como reseñamos sucintamente, de todo tipo: mitos historiográficos (la revolución haitiana fue cruel e inútil, comandada por líderes brutales y sanguinarios); mitos lingüísticos (el creole haitiano es un dialecto pobre, un francés mal hablado y peor escrito); mitos religiosos (el vudú es una religión diabólica y fetichista, culpable del atraso nacional); mitos “humanitarios” (Haití es un país ingobernable que necesita ser tutelado y asistido por sus “amigos” occidentales); mitos políticos (Haití carece de tradición y práctica democráticas); mitos geopolíticos (Haití es un país irrelevante para los Estados Unidos); mitos económicos y geográficos (siendo Haití un país tan pobre, ¿quién podría tener interés en explotarlo?); mitos sexuales (las mujeres haitianas son promiscuas y libidinosas y los hombres haitianos depredadores sexuales naturales); mitos sociales (los haitianos en el país y en la diáspora son sujetos ociosos, violentos y delincuenciales); mitos culturales (Haití no ha producido nada, en términos artísticos, como no sea una pintura infantil y rústica); y nos podríamos extender así hasta el infinito.

A contrapelo de todos estos mitos, contra la conveniente reducción de Haití a una serie de crisis políticas, calamidades naturales e indicadores económicos negativos -que encierran el fatalismo de considerar a este país, parafraseando a don Eduardo Galeano, como simultáneamente maldito por la naturaleza y maldito por la historia- nos propusimos contribuir e invitar a rescatar cuanto hay de positivo, vital, universal y esperanzador en la experiencia histórica de este indómito pueblo caribeño. Y esto, bajo la guía de tres imperativos filosóficos también caribeños: el del “cada país cuenta” del martiniqueño Édouard Glissant, el del “creer en los países pequeños” del granadino Maurice Bishop, y el específicamente haitiano tout moun se moun, que estableció, para honra y sorpresa del mundo, que todos los humanos debían ser tratados como seres humanos, sin distinciones clasistas, ni nacionales, ni raciales, ni sexo-genéricas de ningún tipo.

Con aquellas brújulas, esperamos que este material, que pronto será traducido y publicado también en francés, les invite a su lectura atenta, su discusión apasionada y su más amplia difusión.

Una conversación con Eduardo Grüner

“El olvido de Haití es el olvido del imaginario de la Revolución”

Por Lautaro Rivara



¿Cómo comenzar a hablar de Haití sin empezar por la Revolución de 1804? Para adentrarnos en la fascinante historia del país tuvimos la oportunidad de conversar de manera amena y extendida con Eduardo Grüner, un especialista y un apasionado en la materia. Grüner es un intelectual prolífico, cuya producción discurre por una enorme variedad de temáticas y géneros. Sociólogo, ensayista, crítico cultural. Doctor en Ciencias Sociales y Vicedecano de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Profesor titular de Antropología del Arte en la Facultad de Filosofía y Letras y de Teoría Política en la Facultad de Ciencias Sociales, también en la misma universidad. Es autor, entre otros, de los libros: *Un género culpable* (1995), *Las formas de la espada* (1997), *El sitio de la mirada* (2000), *El fin de las pequeñas historias* (2002), *La cosa política* (2005). Y también, por supuesto, de “*La oscuridad y las luces*” (2010) un libro clásico e ineludible en la materia que nos convoca.

--

Lautaro Rivara: *Toparse con Haití, ya sea desde el ensayismo, la reflexión histórica o incluso vivencialmente, parece de alguna forma como algo excepcional, como un acontecimiento siempre inesperado. ¿Cómo se dio su acercamiento, intelectual y -por así decirlo- empático, con Haití y con la historia de nuestra revolución primera?*

Eduardo Grüner: Yo tenía un conocimiento muy vago, muy general de la Revolución Haitiana, y de algunos aspectos de la cultura nacional, sobre a todo a través de la literatura o de algunos estudios de la antropología, pero la verdad es que hasta el año 2004 nunca me había puesto a pensar seriamente en el asunto. En ese momento yo era vicedecano de la Facultad de Ciencias Sociales [de la Universidad de Buenos Aires] y se me envió a un gran congreso de educación que había en La Habana. Ahí me topé con una serie de actividades que tenían que ver con el bicentenario de la independencia de Haití y con un número especial de la revista Casa de las Américas dedicado a la Revolución Haitiana. Ahí se me presentó una verdadera voracidad por conocer más. Me puse a trabajar, a estudiar, a leer sobre el asunto, específicamente sobre la Revolución. La primera actividad que a partir de esa relativa profundización llevé a cabo fue un seminario virtual en el marco de CLACSO, a partir del cual formulé un proyecto de tesis de doctorado que se transformó en el libro “La oscuridad y las luces: capitalismo, cultura y revolución (Buenos Aires, Edhasa: 2010)

No tengo más que satisfacciones intelectuales con ese tema: con Haití en general y en especial con el tema de su revolución. Aunque te parezca mentira nunca puse el pie en ese maravilloso país. En dos oportunidades estuve a punto de ir a congresos y actividades, pero una vez sucedió el terremoto, y la otra vez hubo una enorme convulsión política.

L.R: *Como usted bien sabe, numerosos mitos envuelven todo lo relacionado al país, siendo muchos de ellos específicamente históricos e historiográficos. En ese sentido, ¿qué ideas dominantes había en su formación y en su medio intelectual sobre Haití antes de que emprendiera este estudio sistemático sobre la Revolución?*

E.G: La verdad es que ideas dominantes no había muchas. Vos sabes muy bien -y es uno de las cosas que me estimuló a emprender este trabajo- que de Haití se habla muy poco y se sabe muy poco, y que no es por mera ignorancia o desinterés, sino que hay todo un esquema, un andamiaje ideológico por detrás del ocultamiento, la negación o el olvido -todo ello entre comillas- de Haití, de su historia y de su revolución. Mi interés intelectual tiene que ver con explorar lo que metafóricamente llamo “el lado oscuro de la modernidad”. En el caso de Haití esa metáfora es bastante literal.

El primer trabajo de investigación que propuse tenía que ver con Haití y con la situación del país. Esto, con toda la “mala intención” de que efectivamente se explorara esa cosa tan poco conocida y tan ninguneada que fue la Revolución Haitiana, un acontecimiento de una singularidad absoluta, en varios sentidos.

Ya en el 2004 se estaba empezando a hablar de los festejos de los bicentenarios independentistas de cara al año 2010. Ahí me di cuenta de la tremenda “renegación” -como diría un psicoanalista- de esperar hasta el 2010, como si las primeras revoluciones independentistas hubiesen ocurrido en 1810, saltándose la primerísima primera de todas ellas.

Pero la Revolución Haitiana no sólo fue singular en términos cronológicos o históricos, sino que fue la más radical, la más profunda, la más subversiva, porque fue la única revolución en el sentido más pleno del término, en donde la clase social y la etnia explotada por excelencia -los esclavos negros de origen africano- tomaron el poder y fundaron una nación sobre esas bases.

La “renegación” de la Revolución Haitiana es muy sintomática, en este sentido, porque implica obturar, sacar de la vista la radicalidad de una auténtica revolución, muy difícil por otra parte de calificar. Uno no puede decir que fue una revolución socialista como la de Rusia en 1917; tampoco fue una revolución exclusivamente burguesa como la francesa de

1789. Fue una revolución independentista, si bien no empezó con esa intención, pero fue adoptando ese carácter en el curso del proceso. Fue una revolución antiesclavista. Y fue también una revolución cultural en el más estricto sentido del término. Me pareció entonces que esta enorme singularidad tenía mucho que decir sobre cómo se habían construido la Modernidad y su ideología. Porque esa ideología, claramente eurocéntrica, se armó sobre la base de la Modernidad, un invento occidental, que después se exportó a lo que en algún momento se llamó el Tercer Mundo, a la así llamada periferia del sistema-mundo. Mi hipótesis, la tesis central de mi trabajo, es que la Modernidad es en realidad una “coproducción” entre Europa y sus colonias, hecha, sin duda, en términos para nada simétricos. Una “coproducción” en donde una parte llevó la voz cantante, pero que no hubiera podido transformarse en el poder hegemónico que fue sino hubiera sido por lo que le aportó en este caso la fuerza de trabajo esclava del Caribe. Lo que hoy, eufemísticamente, se llama “globalización”, hecho que para nosotros no es ninguna novedad, dado que comenzó en octubre de 1492.

L.R: *Usted da pistas muy claras para entender por qué Haití ha sido de alguna forma desalojado del imaginario occidental. También otros autores y autoras han dado a entender el carácter traumático que tuvo la revolución haitiana para el Occidente. Incluso hay, como el historiador Michel-Rolph Trouillot, quien la catalogue como un “acontecimiento impensable” en los términos de su propia época. Pero usted extiende la inquietud, ahora, en relación a por qué también el país fue desplazado de la memoria de las propias fuerzas progresistas, de izquierda e integracionistas de la región, considerando que fueron aquellas quienes de forma más entusiasta celebraron sus respectivos bicentenarios.*

E.G: Creo que hay que atribuirlo a factores ideológicos profundamente enraizados en todos nosotros. Es verdad, como vos decís, que esto sin duda sucede mucho menos con las otras revoluciones independentistas, las que en general tenemos muy presentes. Después, por supuesto, están todos los debates sobre esas así llamadas revoluciones: ¿hasta qué punto fueron eso o simplemente cambios de elencos o de élites gobernantes? Ésta es la diferencia radical con el caso de Haití, como decíamos. No se trata solo de un caso de cambio de élites, sino de un cambio de la clase social que toma el poder. Esto puede servir para formular una hipótesis en relación a tu pregunta, porque en el 2010 ya hacía mucho que se había abandonado, aun en el pensamiento progresista, eso que mi amigo Nicolás Casullo llamaba “el imaginario de la revolución”, con la salvedad de algunos sectores de izquierda más radicalizados y minoritarios. De alguna forma la pérdida de ese horizonte se vuelve retroactiva, se proyecta hacia atrás. Es cierto que las revoluciones independentistas se generalizaron a partir de 1810. Entonces, en este contexto mental -por llamarlo de alguna manera- ese acontecimiento tan único y tan “prematureo” quedó semiolvidado o directamente no fue tomado en cuenta.

L.R: *Releyendo las conclusiones de su libro, y pensando en Haití a partir del tamiz de la novela “La revolución es un sueño eterno” de Andrés Rivera, recordé aquella frase que Rivera pone en el interminable soliloquio de Castelli, cuando este dice: “si nos derrotan, ¿qué importa lo que se diga de nosotros?”. Se que usted ha tomado parte en este debate histórico, el que es a la vez evidentemente político, en torno a si la Revolución Haitiana fue una “revolución derrotada” o “fracasada”, y si implicó y deja algún tipo de legado perdurable. Esto en respuesta a algunos enfoques, en mi opinión tremendamente cínicos, que acaban certificando la “perfecta inutilidad” de la Revolución Haitiana, y por extensión de cualquier otra, más aún después de la caída del Muro de Berlín. ¿Cuál es su balance, en estos términos, del proceso histórico haitiano?*

E.G: Es toda una cuestión esto que se ha dado en llamar el “fracaso” de la revolución. Hay que tratar de entender que quiere decir eso. Si yo hablo de “fracaso”, es distinto a si hablo de “derrota”, de “traición”, o de cualquier otro epíteto que se pueda utilizar para calificar esos acontecimientos. Un poco en broma, siempre digo que cuando me hablan de fracaso recuerdo un par de frases, casualmente de dos importantes intelectuales norteamericanos. Una es de William Faulkner, el Premio Nobel de literatura, que en una célebre entrevista le dijo a un periodista: “no se vaya a creer que es tan fácil fracasar. A mi al principio me costó mucho y después me fue saliendo cada vez mejor.” Y la otra es de Orson Welles, quien dijo: “yo empecé desde muy arriba y tuve que trabajar mucho para llegar hasta abajo.” Estas frases me interesan porque ponen el acento en el proceso, en el esfuerzo, y no, de forma fetichista, en el resultado “final”.

Ahora, cuando vos preguntas por los legados, me parece que hay que poner el acento ahí. En ese acontecimiento “impensable” -vos citabas a Trouillot-, en ese tremendo trauma, inimaginable en la época: en el hecho de que unos zaparrastrosos esclavos africanos armados con machetes vencieran al ejército internacional de Napoleón Bonaparte, quien no pudo reprimir la Revolución. Sin embargo, eso impensable, sucedió. Y eso significa que puede volver a suceder. Y que quizás, la próxima vez, se “fracase mejor”. O no se fracase y realmente se tenga “éxito”. Decir que una Revolución fracasó o fue derrotada, no debería implicar, de manera inmediata, que las razones por las que esa revolución se hizo eran equivocadas o han desaparecido. Mas bien uno podría pensar al revés: que justamente porque esa Revolución fracasó o fue derrotada, los motivos que la generaron están mas vigentes que nunca, considerando que aún no desapareció la explotación de clase, ni la de género, ni el hambre, ni las guerras.

Entonces, si, esa Revolución particular, puntualmente, fracasó, pero no porque estaba destinada a fracasar, sino que el “mundo” hizo todo lo posible para que así sucediera. Sabemos que una vez conquistada su independencia, la historia política posterior de Haití fue bastante desastrosa: la división entre países distintos con distintos gobiernos, y después el desastre económico, que mucho tiene que ver con el hecho de que los franceses le impusieran, para restablecer relaciones comerciales con el Occidente, el aceptar el pago de una “indemnización” que arruinó al país y recién se terminó de pagar hacia mediados del siglo XX.

Sin duda hubo también razones internas, errores, toda clase de factores intrínsecos, pero en mucha mayor medida hubo lo que en el libro llamo, de forma un poco metafísica, una gigantesca venganza del mundo occidental contra ese acontecimiento impensable. Uno ha perdido hoy la dimensión de lo que Haití generó en ese momento histórico, desatando una auténtica ola de pánico, de terror paranoico en todo el mundo, pero sobre todo en las potencias coloniales. Hecho que tuvo una enorme cantidad de otros significados, incluso de orden filosófico, cultural, literario, artístico, que también en buena medida han sido negados, ocultados, marginados, ninguneados.

L.R: *Pienso también en legados quizás más internos a la nación haitiana, en procesos más difíciles de ponderar y analizar desde fuera del propio país. Por ejemplo en el hecho de que se trate del único país en donde la cultura de los esclavos, la lengua de los esclavos, la religión de los esclavos, y la forma de organización productiva, sea hoy la del conjunto de la nación haitiana: me refiero al cimarronaje, al creole, el vudú y al lakou campesino. Cuando usted analiza las contradicciones y las aporías de la situación colonial en general, y de los pueblos afroamericanos en particular, siento que Haití ha ofrecido respuestas tentativas a todas esas contradicciones, y de una forma muy positiva, más allá de la derrota política frente a correlaciones de fuerza abrumadoramente desfavorables. Haría falta por*

ejemplo un estudio del famoso Artículo 14 de la constitución de Dessalines -del que hablábamos antes de comenzar- en donde Haití ofreció una forma sui generis de “resolver” la cuestión del racismo, como ningún otro proceso lo ha hecho hasta la fecha. Hablemos, si le parece, un poco de eso.

E.G: Esa es otra gigantesca revolución en la Revolución, para ir sumando. Tampoco me encontré demasiados análisis estrictamente constitucionales, de juristas o historiadores del derecho, que se hayan detenido en esa Constitución [la de 1805] en la que figura el Artículo 14, que tiene los dos renglones más espectaculares y “raros”, aún considerando que toda la Constitución es algo digno de estudio.

El famoso Artículo 14, que en las constituciones posteriores desapareció, establecía que “a partir de la promulgación de esta Constitución, todos los ciudadanos haitianos, sea cual sea el color de su piel, serán denominados negros”. Como si fuera poco, un artículo posterior añadía que las previsiones del Artículo 14 serían válidas incluso para los alemanes y los polacos. Esto tiene una explicación: cuando en 1802 Napoleón Bonaparte envió un enorme ejército a reprimir la Revolución Haitiana, aquel era un ejército multinacional, donde había un batallón de alemanes y polacos que cuando llegaron y vieron lo que estaba pasando ahí, desertaron y se pasaron de bando. Una vez triunfante la Revolución decidieron quedarse, porque en su casa les esperaba la guillotina o algo por el estilo. Entonces la Constitución les da en retribución todos los derechos de ciudadanía, pero considerándolos, a partir de allí, “negros”.

Entonces, a partir de 1805, también del otro lado de la isla, en República Dominicana, negro quiere decir haitiano. A pesar de que hay dominicanos negros como bien sabemos. Esta universalización del color negro responde a su anterior negación. El decir “a partir de ahora somos todos negros” era como un cachetazo irónico a las pretensiones de la Declaración de los Derechos Universales del Hombre y del Ciudadano de la Revolución Francesa, que no alcanzaba a los esclavos de las colonias. Es decir que esa universalidad presunta de la declaración tenía un límite muy particular: tanto es así que incluso excluía deliberadamente un color, el color negro. Porque la Revolución de Haití, en 1791, en el fondo estalló por eso, porque empezaron a llegar las noticias de esta declaración, y entonces los esclavos dijeron “ahora somos libres”, pero no fue así. Había un elemento muy material para negarlo, por el que la fuerza de trabajo esclava le proporcionaba a Francia la tercera parte de sus ingresos. Entonces aparece este cachetazo que dice que nosotros que eramos el “particular” que no entraba en la “universalidad” de la declaración, ahora nos volvemos el universal al afirmar que “todos son negros”

Ya desde fines del siglo XVII y principios del XVIII, cuando la colonia pasó a manos de los franceses -antes hacía parte de las colonias españolas-, los franceses, con ese espíritu cartesiano, clasificador, tan preciso que tienen, habían creído identificar 126 tonalidades diferentes de color negro, desde el “negro negro” hasta los mulatos más claros, etc.

L.R: *Incluso le diría que ese es un legado perdurable, porque me atrevo a decir que en Haití, el racismo tal como lo conocemos -no es que no haya formas de racismo endógenas, dado que las élites negras y sobre todo mulatas lo han practicado históricamente- son absolutamente incomparables a las que conocemos en nuestros países. Por una razón muy sencilla: si vamos a la definición clásica del racismo -de autores como Oliver Cox o Eric Williams- y lo entendemos como una forma de organizar y disciplinar la fuerza de trabajo, la “línea de color” no organiza el universo laboral aquí. Negros son los trabajadores, las masas pauperizadas, negra es la oligarquía haitiana y la clase política, los burgueses, los*

proletarios, etc. En el lenguaje popular, ni negro ni blanco denotan una categoría estrictamente racial, sino más bien nacional: negro es sinónimo de haitiano y blanco de extranjero. Y cuesta mucho salir de nuestra armazón ideológica para entrar en esa realidad.

E.G: Es interesantísimo eso, porque sigue demostrando esa singularidad de la sociedad, de la historia. Y además es un tema de una enorme complejidad, que tuvo hasta donde yo se varias idas y vueltas. Porque por un lado, otra de las hipótesis del libro es que ahí es donde nació la reivindicación del concepto de negritud: la revolución sería el gran precedente en que después se apoyarían Aimé Césaire y el propio Fanon. Pensadores revolucionarios que en la primera mitad del siglo XX van a causar todo un escándalo y una serie de debates fuertísimos en Europa -y específicamente en Francia- con el concepto de “negritud”.

Pero también ese concepto de negritud -demostrando que estos “colores” expresan relaciones sociales y de poder- fue usado por la dictadura fascista de [François] Duvalier, de una manera totalmente pervertida, por él y por su hijo Jean-Claude. Aparece ahí la reivindicación de la negritud como un elemento opresor, contra parte de los negros y contra los mulatos que históricamente habían tenido un estatus social superior. Entonces, este “populismo” de extrema derecha de Duvalier da vuelta esto de forma artificial.

Todo lo que desata el tema de la negritud es de una enorme complejidad y tiene este gran interés que vos decís: el del ser la única sociedad, en este caso en el continente americano, donde se intentó procesar simbólicamente [la cuestión racial] de esta manera tan radical.

L.R: *Quisiera hacerle una pregunta sobre dos fenómenos que no podemos desligar ni de éste ni de ningún otro fenómeno revolucionario: sobre el tema del liderazgo y sobre el de la violencia. Usted tiene un imagen que me pareció muy bella y significativa, cuando habla de la violencia como un “desgarrado síntoma” que expresan los sujetos coloniales. Quisiera preguntarle además por una contradicción: el liderazgo canonizado es el de Toussaint L’Ouverture, al menos desde “Los jacobinos negros” [de C.L.R. James]. Pero en Haití lo que se ve es que los líderes canonizados por la historiografía europea o incluso latinocaribeña no son los referentes principales del pueblo haitiano, siendo Jean-Jacques Dessalines el “padre” indiscutido de la patria haitiana, y habiendo incluso otros sujetos que generan una enorme simpatía como Capois-La-Mort. Pero no tanto así Toussaint.*

E.G: Te pregunto yo a vos. ¿Por qué es eso?

L.R: *Creo que porque la fase de mayor radicalidad del proceso fue comandada por Dessalines, quien es el que completa el programa histórico de la Revolución. Diría que hay una cuestión de proceso identificador en relación a lo que mencionabas de la auto organización de las masas. Toussaint seguía expresando algo parecido o equivalente a lo que fueron las élites blanco-criollas independentistas para los países de América Latina. Eso está muy presente en la identificación empática y hasta diría emocional con Dessalines. Creo que la identificación de Toussaint como líder indiscutido, y de alguna forma “aceptable”, está muy permeada por la obra de James. Y también por el hecho de la violencia, por este relato que ha hecho de Dessalines una figura bárbara, sanguinaria y violenta. Entonces, quería preguntarte, ¿cuál es el rol de la violencia en un proceso de estas características? Si, como decías, la revolución fue desplazada, ¿también lo ha sido la violencia?*

E.G: Me resulta muy interesante lo que decís sobre Toussaint y Dessalines. Efectivamente el peso de la interpretación de James ha sido muy fuerte. Es un libro extraordinario, no cabe duda de eso, fundacional en muchos sentidos, pero no dejo de tomarme el atrevimiento de señalar, lo que es sintomático de este eurocentrismo del que hablábamos, el título mismo

de la obra: “los jacobinos negros”. Inconscientemente, James está tratando de asimilar la Revolución Haitiana a la Francesa, y de asimilar a Toussaint con Robespierre o a Saint-Just, como si fueran cosas comparables. Ahora me doy cuenta que es efectivamente Dessalines quien representa mucho mejor que Toussaint ese otro elemento.

Respecto a la otra pregunta: la Revolución Haitiana fue un proceso de una enorme violencia. Hay una extraordinaria trilogía alusiva, tres gruesos tomos de un historiador y novelista norteamericano, que cuando llega a la descripción de las batallas -de las que el hombre está muy bien informado y documentado-, se vuelve casi insoportable de leer. Porque los extremos de crueldad a que se podía llegar en los dos lados en esa guerra revolucionaria fueron espantosos, sin que yo, con esto, pretenda construir ninguna teoría de “los dos demonios”. Para decirlo de una forma simple: había una parte que tenía razón y otra que no: entonces no estoy comparando en ese sentido.

Pero fue una revolución muy violenta. Quizás, en términos proporcionales y comparativos, la más violenta de las revoluciones modernas: ni la francesa, ni la rusa, ni la cubana, -quizás si la china-, se cobraron esa proporción de vidas y llegaron a esos extremos de violencia que vivió la Revolución de Haití. La revolución es un hecho violento, o lo ha sido históricamente siempre. Esto es algo a lo que tenemos que resignarnos, porque es muy difícil que una clase dominante se resigne pacíficamente, simplemente porque se lo pidan o porque la mayoría así lo desea, a perder sus privilegios, sus propiedades, y todo lo que significa material, política y simbólicamente el estar en ese lugar. ¿Hay que condenar entonces la violencia revolucionaria? Bueno, no creo que se pueda hablar en términos de condena. En todo caso hay que lamentarla.

Recuerdo algo que decía [Jean-Paul] Sartre sobre la Revolución Argelina, y es que uno de los peores crímenes que se les puede atribuir a los franceses, es el haber obligado a los argelinos a ser tan violentos, como pareciera que lo celebra Fanon en “Los condenados de la tierra”. Digo pareciera porque no es un festejo: él está hablando de la tragedia que significa que alguien se vea obligado a matar para ser libre. No es que cuando uno habla de la violencia la está celebrando, la está festejando, la está promoviendo. Todo lo contrario: está lamentando que haya pueblos que tengan que llegar a ese extremo para, como dirían los propios franceses, hacer valer sus “derechos naturales”.

L.R: Quisiera hacerle una pregunta de proyección política, porque si vamos a la historia y al pasado no es por un interés de anticuarios. Usted tiene en su libro un excursus filosófico con una serie de conclusiones, en donde establece un diálogo crítico con las perspectivas multiculturalistas, con algunos enfoques postcoloniales claramente eurocéntricos -usted hace un cierto deslinde al interior de estas corrientes- y con lo que hoy llamaríamos genéricamente las políticas de la diferencia en general. La pregunta es, partiendo de ese excursus y ese debate, si su estudio de la Revolución Haitiana le permite extraer -por así decirlo- lecciones o aprendizajes para pensar problemas tan variados como la raza, la violencia, el colonialismo o la identidad.

E.G: Primero una aclaración que siempre me resulta necesario hacer, que es la distinción entre el eurocentrismo y entre aquello que está eurocentrado. Sino, es demasiado tentador, y sería empobrecedor, caer en una suerte de “latinoamericanocentrismo” -o “haitiano-centrismo” en este caso-, que no sería más que ponerse en el mismo lugar desde la vereda opuesta, como en una relación especular. Me parece que lo más interesante es instalarse en ese lugar de tensión, de conflicto muchas veces irresoluble, entre el pensamiento europeo y el propiamente latinoamericano, porque tampoco podemos negar que venimos también

de ahí, que finalmente 500 años de ocupación colonial han dejado también su huella en la cultura.

Pero, al revés, se trataría de ver que esa cultura europea que tanto nos ha influido y permeado, también, al igual que lo que decíamos de la Modernidad, se armó en buena medida a partir de la colonialidad del saber como diría [Aníbal] Quijano. Mencionábamos las consecuencias filosóficas y culturales del proceso, y ahí está la obra de Susan Buck-Morss [“Hegel y Haití”], donde ella demuestra que la “Fenomenología del espíritu” de Hegel, y no casualmente la llamada sección cuarta sobre la dialéctica del amo y del esclavo, está inspirada por la Revolución Haitiana, que estaba sucediendo en el mismo momento en que un muy atento Hegel escribía.

Hay ahí un ida y vuelta y una tensión que demuestra que lo que se suele llamar por ejemplo multiculturalismo, y peor aún si se lo llama así para celebrarlo tal cual existe hoy en día -en el supuesto caso de que existiera- muchas veces pasa por alto las relaciones de poder que hay detrás de la pretendida “hibridación”, una expresión que a mi, he de confesar, me fastidia mucho. Prefiero aquellos que hablan de mestizaje, porque implícitamente al menos, esa palabra tiene detrás de ella el reconocimiento de la violencia sexual y la violación. Porque el mestizaje histórico -en Haití eso es clarísimo- se produjo por la violación de los hombres blancos a las mujeres negras o indígenas. Cuando se habla y se celebra el multiculturalismo, uno podría celebrar la coexistencia de diferentes culturas, la diversidad de lenguas, religiones, etc. Pero siempre que al mismo tiempo se tenga en cuenta de donde provienen, cómo se originaron esas “diferencias”. Porque una cosa es la diferencia y otra cosa es la desigualdad. Yo soy, en términos teóricos, militantemente cuestionador de estas ideas que, por etiquetarlas rápido, llamaré postmodernas, celebratorias y exaltadoras de todo tipo de diferencias por la diferencia misma. Creo que hay un paso previo que es identificar qué relaciones de poder, de dominación, de explotación, de exclusión, hay por detrás de esas diferencias. Y creo que es necesario mantenerse en ese sano espíritu de una dialéctica negativa, como diría un autor eurocentrado pero cuyo pensamiento sirve para pensar el eurocentrismo, como es Theodor Adorno. Esa tensión, ese permanente ida y vuelta en términos de esa dialéctica negativa, me parece que es la posición desde la cual uno puede al menos procurar no perder de vista todas estas violencias simbólicas y materiales de las que hemos estado hablando.

Por otro lado, creo que este problema de la identidad es algo que se define sobre la marcha, en cada momento, si es que se puede definir. Lo cual no quita que en determinadas circunstancias, como en una revolución anticolonial o antiracista, uno no pueda acantonarse en esa identidad, en buena medida “artificial”, en esto que Gayatri Spivak ha dado en llamar el “esencialismo estratégico”. Pero vos sabes que lo estás haciendo, con una finalidad precisa, que es la de defender tu lugar. Cuando eso haya sido reconocido pasarás a otra cosa. Es un momento necesario del proceso. Pero es un proceso, no es una ontología.

Lautaro Rivara es Sociólogo y Doctorando en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Becario/investigador del IdIHCS/CONICET. Periodista, analista internacional y editor de ALAI. Ex brigadista internacional en Haití.

De exterminios y olvidos: la primera república negra del mundo

Camila Koenigstein y Jean Jackson



Breve cuadro de situación

Como era de esperar, la academia latinoamericana es uno de los espacios que siempre ha destacado y estudiado las distintas desigualdades. Los temas abordados en el campo de las humanidades y las ciencias sociales contribuyeron en un primer momento al despliegue de una historiografía estructurada en lo que se consideró como un fundamento civilizatorio, tributario de los derroteros del pensamiento europeo. Pero frente a esta hegemonía, se dieron y profundizaron procesos históricos regionales y una producción teórica desarrollada por intelectuales negros, producción tan olvidada como silenciada.

El rescate de esta sentida ausencia es fundamental para pensar en posibles rupturas epistemológicas y discursivas que produzcan una más eficaz lectura de los rasgos de nuestras propias realidades, frente a un saber dominante y colonial aparentemente incuestionable.

“Quien tiene la autoridad para definir tiene el poder de conferir relevancia, identidad, clasificación y significado al objeto definido” (Ramosé, 2011). Sin embargo, los aportes de la nueva historiografía fueron múltiples, comenzando con un examen de la expansión europea

y su impacto en las sociedades amerindias: dominación, violencias y resistencias en el marco de una colonización que adoleció, salvo excepciones, de cualquier tipo de sensibilidad frente a las alteridades.

Sin embargo, Ramose, en su crítica, define precisamente la fuerza con la que la academia aún establece y ordena prioridades con un sentido eurocéntrico para el análisis o la supresión de algunos procesos decisivos en la configuración de la identidad latinoamericana. Entre ellos, la propia Revolución Haitiana.

Un claro ejemplo es la falsa simetría establecida entre las revoluciones que tuvieron lugar en el siglo XVIII y el papel secundario atribuido a la Revolución Haitiana. Es bastante evidente que en las cátedras de ciencias sociales de las universidades latinoamericanas se continúa con tales sesgos, a pesar de la renovación curricular y el avance de la investigación, en particular de la historia social de las últimas cuatro décadas. De esta forma se continúa marginando y relegando a la mayoría de movimientos insurgentes y revolucionarios protagonizados por negros en América, ubicados en un segundo plano histórico, por una concepción exotista que los ve como acontecimientos meramente excepcionales. ¿Por qué no pensarlos, en cambio, encuadrados en el curso de las revoluciones del Océano Atlántico?

Todas estas cuestiones abren itinerarios para reflexionar sobre el papel de la pedagogía, la enseñanza de la historia y la importancia de repensar tanto contenidos como metodologías en determinadas asignaturas. Lo que podría generar, además de una mejor comprensión de procesos locales, regionales y de alcance global, un acercamiento más cercano a nuestros precursores históricos.

Útil es, a nuestro criterio, la perspectiva de las historias cruzadas, punto de vista que relativiza los nacionalismos, analiza las sociedades desde sus puntos de contacto y busca relacionar todos los atributos y las performances que produce la alteridad. Haití se volvió el primer país en ser gobernado por ex esclavos. Sin lugar a dudas, ésta fue una revolución que generó ecos en diferentes espacios geográficos más allá de Francia y su colonia de *Saint-Domingue*.

Haití es parte fundamental del proceso civilizatorio latinoamericano. La cultura europea y de otros centros de poder sigue difundiendo retóricas emancipatorias contra todo tipo de opresión, pero siguen naufragando en su racismo y su colonialismo implícito a la hora de dar cuenta del ejemplo de Haití.

Olvidando la Revolución Haitiana y la Batalla de Vertières

Recién en febrero de 2019 entró la palabra *Vertières* en el diccionario de la Academia Francesa, acontecimiento concretado gracias a la lucha intelectual del académico haitiano-canadiense Dany Laferrière. Esta demora inaceptable ocurrió precisamente porque esa palabra se refería al espacio geoestratégico donde Francia fue vencida por el llamado “Ejército Indígena” que, según la narrativa histórica, tomó este nombre en honor a los pueblos aborígenes y sus rebeliones, derrotando al ejército napoleónico y proclamando la liberación de los esclavos. Al mismo tiempo, el grupo insurgente decidió proteger a todos los extranjeros que pisaron el suelo de la porción occidental de la isla de Santo Domingo (actual Haití) huyendo de la esclavitud, la opresión o la persecución política por parte de los colonizadores.

La Batalla de Vertières, poco nombrada y menos reconocida, fue la última gran batalla de la Revolución Haitiana, aquella que quebró el paradigma impuesto en la estructura social

por el hombre europeo. La insurrección, a diferencia de la Revolución Francesa, buscó de hecho la igualdad, la libertad y la fraternidad, independientemente del color de piel, el género, la clase social y el nivel educativo.

Así es que hoy, en suelo haitiano, incluso con una población étnicamente diversa -especialmente por la mezcla de africanos, indígenas nativos, polacos, ingleses, alemanes, judíos, libaneses, árabes, etc- los habitantes están unidos bajo un solo idioma, el criollo o creole, bajo una cosmovisión compartida y bajo una única cultura: la cultura nacional haitiana.

Pero, ¿cuáles son los avances más notorios que podemos destacar del Ejército Indígena y de la Batalla de Vertières? Podemos mencionar, entre otros, la inclusión sexual, la étnico-racial y la promoción de los principios humanitarios.

En el Ejército Indígena, las mujeres eran numéricamente superiores a los hombres. Jacques Houdaille confirma que había tres mujeres negras por cada hombre y que durante la batalla muchas tomaron parte activa, ostentando incluso altas jerarquías en el ejército. Notable fue la participación de Cécile Fatiman a la vanguardia de la rebelión, desde la ceremonia de Bois Caiman; también de Romaine Rivière, “el profeta”, uno de los líderes insurgentes, que se consideraba mujer y vestía ropas femeninas en el campo de batalla; de Catherine Flon, quien cosió la bandera emblema del ejército; de Marie-Jeanne Lamartinière, vestida de hombre y reconocida como soldado; de Sanite Belair, quien portaba el grado de teniente; de Marie-Claire Heureuse Félicité Bonheur, enfermera del ejército que se ocupaba tanto de la tropa indígena como de los soldados franceses heridos en el mismo campo de batalla.

Sin embargo, los relatos de la historiografía tradicional, presa de la propaganda francesa, nos hablan de una verdadera “masacre” de blancos. Es necesario enfatizar que el Ejército Indígena no solo estaba compuesto por negros, sino que también había en él blancos y mulatos. En junio de 1802, unos 2.270 soldados polacos llegaron al Cabo Francés -hoy Cabo Haitiano-, por entonces capital colonial de Saint-Domingue, mientras que en septiembre llegaron otros 2.500 a Puerto Republicano -actual Puerto Príncipe-. De todos modos estos polacos, alemanes y suizos terminaron constituyendo una fracción insignificante de la fuerza expedicionaria francesa enviada para sofocar la rebelión. Engañados y abandonados por Napoleón, el 18 de noviembre de 1803 decidieron pasarse al bando del Ejército Indígena.

Después de la guerra algunos polacos pidieron regresar a Europa para reencontrarse con sus familias. El propio Dessalines organizó la operación, que fue financiada íntegramente por el estado haitiano. El general polaco Ludwik Mateusz Dembowski escribió entonces al general del ejército francés Rochambeau con gran elocuencia: “Tuve la oportunidad de conocer al líder de los insurgentes, Dessalines [...] A pesar del gran salvajismo que suelen demostrar, me recibieron y pese a la ignorancia que en ellos suponemos, razonan a su manera y con justicia”.

Aunque durante el conflicto la orden del general Dessalines fue “cortar las cabezas de los soldados blancos y quemar todas las casas”, este indicó que no se hiciera daño a las enfermeras, médicos y curanderos, ni tampoco alcanzaba a las familias de los colonos, que por lo general permanecían en su país de origen. El 19 de noviembre de 1803 los oficiales del ejército francés declararon la rendición y Dessalines les concedió tres días de tregua para regresar a Francia.

James M’Kewan, un traficante de hombres y mujeres, fue a preguntarle a Alexandre Pétion sobre los hombres y mujeres negros que eran su “propiedad”. Pétion respondió: “Colonizador, los hombres que busca ahora son libres y ciudadanos de la República de Haití. Ya no son

de tu propiedad. En cuanto a ti, te doy 24 horas para salir de suelo haitiano”.

Luego de la batalla, Jean-Jacques Dessalines organizó, en mayo de 1806, planes para liberar las islas de Martinica y Guadalupe. Años más tarde, el presidente Pétion, ex general del Ejército Indígena, recibiría a Simón Bolívar entre 1815 y 1816, y le proporcionaría municiones y más de 300 oficiales para liberar la Gran Colombia. Además, recibió y ofreció a Francisco de Miranda la Espada Libertadora de Haití para que siguiera luchando por la emancipación estadounidense. Pétion también ofreció asilo político al federal argentino Manuel Dorrego en 1814. Francisco Xavier Miranda y Morfi también solicitó ayuda: el general Pétion le ofreció su apoyo y puso a disposición un barco haitiano que lo llevó a México para luchar por su respectiva independencia. En abril de 1817, el entonces presidente Pétion recibió una carta del político argentino Juan Martín de Pueyrredón que refería a la consolidación de la independencia de las Provincias Unidas. Como se ve, varios movimientos de liberación del dominio colonial surgieron en diálogo con la Revolución Haitiana, pero su importancia y sus conexiones fueron negadas por la historiografía racista.

Volviendo a Vertières, hay un gran desconocimiento sobre esta batalla que buscó concretar y ampliar los ideales planteados por la Revolución Francesa, entre ellos la igualdad humana, pero sin distinciones sexo-genéricas ni étnico- raciales, principios que fueron parte de todo el proceso. Lo que después se tipificó en términos históricos como barbarie y masacres -las llamadas “leyes de guerra”-, se debió principalmente a la campaña de intelectuales mercenarios como Jean Louis Dubocra, quien fue contratado por Napoleón Bonaparte para borrar los hechos históricos relativos a Jean-Jacques Dessalines y los insurgentes, así como la relevancia del ejemplo haitiano en el continente después de conseguida la independencia.

En definitiva, los descendientes de los colonos esclavistas siguen ocultando la Revolución, sea por vergüenza o miedo, a través de periodistas, políticos e intelectuales al servicio del colonialismo. Por ello, insisten en sostener un discurso pseudo-científico y eurocéntrico, ocupando posiciones claves en espacios políticos, corporativos, mediáticos y académicos, y perpetuando un imaginario que poco representa y mal comprende la cultura, la religión y la historia de Haití.

En todo caso, es indiscutible que una revolución debe darse a favor de la expansión de los derechos humanos y que ha de generar cambios estructurales que involucren al cuerpo social en su conjunto. La Revolución Francesa y la Revolución Norteamericana fueron, en este sentido, movimientos en defensa de una pequeña élite, de una burguesía insatisfecha por la dominación de una aristocracia decadente y cruel. Por lo tanto los empobrecidos, las mujeres, los afrodescendientes y las masas fueron olvidadas, tratando de sobrevivir dentro de un sistema “nuevo” pero igualmente opresivo.

La educación neocolonial

A pesar del esfuerzo de muchas y muchos intelectuales haitianos, tanto en el país como en el extranjero, la política imperialista de Estados Unidos y el neocolonialismo de Francia siguen causando muchos problemas sociales, psicológicos y pedagógicos en la esfera educativa. Ambos países continúan, por ejemplo, aplicando una política de “olvido” en relación a la nación caribeña.

Según Joseph Bernard Junior, pocas veces aparece en los libros escolares estadounidenses el hecho de que Haití ayudó a Estados Unidos financiera y militarmente durante la Segunda Guerra Mundial, con un presupuesto cercano a los 20 millones de dólares.

Un punto fundamental para comprender esta pedagogía colonial es el concordato firmado con la Iglesia Católica, la mano derecha de Francia durante la Colonia, el que fuera ratificado el 10 de mayo de 1860 por el presidente Fabres Gexard en la ciudad de Gonaïves, con el objetivo declarado de “cristianizar e instruir al pueblo.” La Iglesia eligió estratégicamente la ciudad de la independencia como el lugar de su promulgación: “Probablemente fue (...) en recuerdo de que Gonaïves había sido el primer lugar conquistado por los franceses” (Ardouin, 1856).

Cuatro años después, la Iglesia Católica fundó la misión de “Los Hermanos Cristianos para la Instrucción”, financiada casi en su totalidad por el Estado de Haití, a través de la cual se envió a cientos de misioneros provenientes mayormente de Francia y los Estados Unidos. En consecuencia, hasta hoy en día, la mayoría de las escuelas del país, por lo general privadas, están bajo su control.

Los manuales de historia y geografía de este tipo de congregaciones, adoptados en años recientes por el propio Ministerio de Educación para su uso en el nivel primario, hacen gala de todo tipo de discriminaciones y estigmatizaciones que, a través de la escuela, se trasladan al conjunto de la población. Así, por ejemplo, en “Historia de Haití: desde los orígenes hasta la independencia” el autor expresa que “Los pueblos originarios de Haití no fueron tan civilizados como los incas o los aztecas”. En referencia a los pueblos africanos, Haití habría heredado de ellos “no sólo rasgos físicos, sino también actitudes, tendencias y hábitos mentales”, mientras que de los colonos franceses sólo habría tomado “buenas cualidades [...] cortesía, refinamiento, amor por la belleza, por el lujo”. Así mismo, en “*Mi primer geografía*”, se le pide a los niños y niñas que comparen dos imágenes: por un lado casitas -se presume que haitianas- cubiertas de paja, y como contrapartida edificios de algún lugar de Europa, dando a entender que nada elaborado puede provenir de los negros.

A los problemas de la imposición pedagógica francesa, hay que sumar el impacto de las políticas norteamericanas en la materia desde la ocupación de 1915-1934, dado que bajo la ocupación de los marines se pusieron en marcha programas educativos diferenciados para las áreas urbanas y las zonas rurales, lo que ahondó aún más en las divisiones sociales (Gourgues, 2016).

Debido a las limitaciones políticas y económicas y a la aplicación de una lógica desigual en la distribución de los bienes sociales, hacia 1894 solo el 8% de los 400 mil niños y jóvenes de Haití asistían a la escuela. Un siglo después, en 1995, de los tres millones de infantes en edad escolar -es decir entre los 5 y los 14 años-, sólo el 52% asistía a la escuela, siendo la cifra aún más baja en las zonas rurales. La instrucción universal, tal y como es definida por los organismos internacionales, sigue siendo una deuda hasta el día de hoy (Joint, 2018).

Hacia una descolonización pedagógica

La mayoría de los pedagogos, sociólogos, lingüistas e historiadores coinciden en el mismo punto: la descolonización educativa haitiana no se producirá naturalmente. Uno de sus antecedentes, el fracaso del proyecto educativo clasista y segregacionista de los Estados Unidos en Haití, se debió a la fuerte resistencia de los intelectuales haitianos y del conjunto de la población: resistencia que contribuyó decisivamente al fin de la ocupación en 1934.

El creole haitiano no se usó como idioma de enseñanza en las escuelas del país sino hasta 1979. Su aplicación, por supuesto, no ha sido fácil, adoleciendo ésta de problemas metodológicos, didácticos y sufriendo todo tipo de resistencias conservadoras de parte de diferentes actores.

Es innegable el esfuerzo extraordinario de las familias haitianas para lograr un sistema educativo inclusivo. Sin embargo, el país se encuentra casi en último lugar en el ranking mundial en términos de eficiencia. La niñez haitiana finaliza la enseñanza fundamental con dos o tres años de retraso y desconoce cuestiones básicas en términos de contenidos.

A pesar de las luchas en el ámbito académico, todavía hace falta una intervención editorial, dado que son los agentes neocoloniales los que siguen produciendo los libros, sin que podamos cuestionar sus contenidos. Se trata de textos que reproducen las narrativas negativas sobre los negros y los indígenas en la historia de la isla y que redundan en un discurso colonial enmascarado en un supuesto proceso modernizante de enseñanza-aprendizaje.

La educación es seguramente el medio más potente para el cambio social. Sin ella, la transformación no se viabiliza ni se consolida, como afirmaba el maestro Freire (1971). Su rol es central para pensar la transformación, en particular la de una sociedad tan castigada en términos históricos e historiográficos como la de Haití. Urge recuperar la historia de Haití y su revolución, a pesar de los estigmas de las “luces” de la razón, en un proceso que otorgó a los afrodescendientes una identidad nacional, además de afirmar pedagógicamente la lengua, la cultura y la religiosidad que le fueron consustanciales.

Bibliografía

Agnant, Patrick. Le système d'éducation haïtien : une étude néo-institutionnaliste en trente ans, de la Réforme Bernard en 1979 jusqu'au tremblement de terre de 2010, 2018.

Ardouin, Beaubrun. Estudios sobre la historia de Haití, T. VI, París, 1856, pág. 22.

Gourgues, Jacques-Michel. Les manuels scolaires en Haïti : outils de la colonialité, 2016.

Govain, Renauld. L'état des lieux du créole dans les établissements scolaires en Haïti, 2014.

Jesus, Fernando Santos. O negro no livro didatico. Editora Gramma. Rio de Janeiro, 2017.

Joint, Louis-Auguste. El sistema educativo y las desigualdades sociales en Haití. El caso de las escuelas católicas, Pro-Posicoes 19 (2), Agosto 2018.

Ramose, M. B. Sobre a legitimidade e o Estudo da Filosofia africana. Ensaio filosóficos. Volume IV- outubro/2011.

Rivara, Lautaro. Los polacos negros y una patria impensada. Disponible en: <http://argmedios.com.ar/los-polacos-negros-y-una-patria-impensada/>

Camila Koenigstein es graduada en Historia (Pontificia Universidade Católica - SP) y posgraduada en Sociopsicología (Fundação de Sociologia e Política - SP). Actualmente desarrolla la Maestría en Ciencias Sociales, con énfasis en América Latina y el Caribe, en la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Jean Jackson es integrante del Programa de Investigación y Extensión sobre Afrodescendientes y Estudios Afrodiaspóricos (UNSAM-IDAES-UNIAFRO), y estudiante avanzado de Ciencia Política en la Universidad de San Martín.

Por la espada y por la pluma: la Revolución Haitiana y la batalla de ideas

Juan Francisco Martínez Peria



Después de haber establecido nuestros derechos por la espada, adquirimos nuevo lustro ante los ojos del mundo, cuando los defendemos con la pluma¹

La revolución haitiana fue la primera y única revolución de esclavizados triunfante en la historia de la humanidad y la primera independencia de América Latina. En un proceso largo y complejo, miles de africanos y afrodescendientes, liderados inicialmente por Toussaint Louverture y luego por Jean Jacques Dessalines, lograron lo imposible: derrotar a España, Inglaterra y Francia y dar nacimiento a Haití, la primera república negra del mundo, libre de esclavitud, colonialismo y racismo.

¹ Vastey, Jean.Louis, *Réflexions Politiques sur quelques Ouvrages et Journaux Français Concernant Haïti*. Sans Souci, D L'Imprimerie Royale, 1817 p. xix.

Aquel triunfo inaudito de los “condenados de la tierra” generó esperanzas entre los sectores populares y esclavizados del mundo atlántico, que buscaron emularlo llevando adelante múltiples conspiraciones y revueltas en América y el Caribe. Las elites, por su parte, sintieron pánico e intentaron por todos los medios acallar ese mensaje de igualdad y libertad universal. Incluso buscaron borrarlo completamente negándole al proceso haitiano su carácter de genuina revolución, interpretándolo negativamente como una guerra de razas y una masacre de blancos. Bloqueos, asedios y censuras convirtieron a Haití en un estado paria, que sufrió mil vicisitudes desde el momento mismo de su nacimiento. Finalmente lograron su cometido y la revolución terminó siendo silenciada. Y para peor, aquel trágico olvido todavía continúa vigente en el ámbito cultural y académico occidental. De todas las revoluciones de aquella época, la haitiana, a pesar de haber sido la más radical, es la menos recordada y estudiada.

Ahora bien, si la revolución en sí misma cayó en el olvido, peor aún fue el destino que sufrieron los intelectuales haitianos de dicho período. En este caso el silencio ha sido casi total. Ciertamente durante los años 1791-1804 no existieron intelectuales propiamente dichos. Hubo sí ideas revolucionarias, ideas sumamente disruptivas enarboladas por Toussaint Louverture, Jean Jacques Dessalines y las propias masas que protagonizaron el proceso. No obstante, los intelectuales surgieron recién después de 1804 al calor del nacimiento del estado haitiano. Ya en la época del gobierno de Jean Jacques Dessalines emergieron dos figuras importantes: Louis Félix Boisrond Tonnerre y Juste Chanlatte. El primero, además de ser el secretario de Dessalines, fue el autor de la declaración de la independencia, un verdadero grito de furia en contra de Francia, que como el propio Boisrond Tonnerre señaló debía ser escrita usando “la piel de un hombre blanco como pergamino, su cráneo como tintero y una bayoneta como pluma”. Asimismo, en 1804 Boisrond Tonnerre publicó *Mémoires pour servir à l'histoire d'Haïti*, la primera historia de la independencia de Haití, en la cual denunció los crímenes que los amos esclavistas y el imperio francés habían cometido en la isla. Escrita desde el dolor y las ansias de liberación, resultó un trabajo fundante de la literatura política haitiana.

Juste Chanlatte, por su parte, fue un actor clave en este periodo, destacándose como Secretario de Estado de Dessalines (quien fue nombrado Emperador en 1804) y como el principal cerebro detrás de la constitución promulgada en 1805. Carta Magna sumamente radical y anticolonial, que además de reafirmar el fin del racismo y la esclavitud, reconoció la libertad religiosa y el divorcio e instituyó que ningún blanco extranjero podría pisar la isla como amo o como propietario. Asimismo, en su famoso artículo 14, estableció que “todos los haitianos serían identificados como negros”, incluyendo a los alemanes y polacos que habían venido con la expedición napoleónica de 1802 y se habían pasado de bando apoyando la causa independentista. De esa manera, el sustantivo negro perdía su carácter racista para ser entendido como un concepto político que aunaba a todos aquellos que habían sido víctimas de la violencia colonial y racista y que habían luchado en pos de la libertad y la igualdad universal.

El Imperio, sin embargo, tuvo una vida efímera, y en 1806 Dessalines fue asesinado por sectores *affranchis* (*afrancesados*, en la jerga de la época) que se oponían a su política revolucionaria de distribución de tierras. El país cayó en una guerra civil y se dividió en dos. En el suroeste se instauró una república presidida por Alexandre Petión, principal opositor de Dessalines y en el norte primero se instituyó una república y en 1811 un reino gobernado por Henri Christophe, histórico lugarteniente de Louverture y Dessalines. A pesar de que ambos líderes le dieron impulso a la educación y a la cultura, Christophe fue quien más se abocó a dicha tarea. Además de crear un sistema

público y gratuito de enorme envergadura, fundó editoriales y promovió la emergencia de un círculo de intelectuales a quienes elevó a las altas esferas del reino para que dirigiesen sus destinos y publicasen y difundiesen sus trabajos. Mediante aquella política pretendió continuar la revolución haitiana por la pluma, llevando adelante una batalla cultural en la esfera internacional contra el sistema colonial dominante en el mundo atlántico.

Entre aquellos intelectuales se destacaron Juste Chanlatte, Julien Prevost y Jean Louis Vastey. El primero, quien recibió el título de Conde de Rosiers, escribió una importante obra poética, dramática y ensayística entre la que se destacó su libro *Le Cri de la Nature*, un fuerte alegato abolicionista y antirracista. Pero sin dudas el más importante de aquellos intelectuales fue Jean Louis Vastey, quien en 1814 recibió el título de Barón y tuvo una carrera política y literaria meteórica que lo llevó a ser Canciller y el principal funcionario del reino. En sólo seis años Vastey produjo una enjundiosa obra compuesta por once textos, cinco de ellos libros de envergadura, con los cuales pretendió llevar adelante un furibundo ataque en contra no sólo de los enemigos externos e internos de Haití, sino también de los cimientos ideológicos y epistemológicos que sustentaban el orden colonial, racista y esclavista.

En 1814, ante una nueva amenaza imperial de Francia, Vastey publicó su primer libro *Le système colonial dévoilé*, en el cual presentó una contrahistoria del colonialismo en la isla. Contrahistoria que impugnaba el relato tradicional que celebraba la colonización como un avance de la civilización, mostrando al colonialismo en su verdadera esencia: como un sistema monstruoso, deshumanizante y bárbaro. Con vehemencia denunciaba: “Helo ahí conocido por fin el secreto lleno de horror: El Sistema Colonial, es la Dominación de los Blancos, es la Masacre o la Esclavitud de los Negros.”² Una contrahistoria, que develaba las bases racistas y eurocéntricas de las narrativas hegemónicas advirtiendo que: “Los historiadores que escribieron sobre las colonias eran blancos, hasta colonos; entraron en los detalles más pequeños sobre la producción, el clima, la economía rural, pero hicieron lo posible por no develar los crímenes de sus cómplices” y que proponía una historia alternativa construida a partir del testimonio oral de las víctimas del sistema colonial y esclavista.³

En 1815, en el marco del recrudecimiento de la guerra civil y debido a la postura negociadora de la república del sur, Vastey publicó *Le Cri de la Conscience*, libro en el que denunció a Petión como un “francés de alma”, como un colonizado mental que buscaba acercarse a la ex metrópoli ofreciéndole incluso el pago de una indemnización. Pero los ataques externos continuaron: por ello, en 1816 Vastey publicó otra potente obra intitulada *Réflexions sur une lettre de Mazères: ex-colon français, adressée à M. J.C.L. Sismonde de Sismondi* en el que además de rebatir uno por uno los argumentos racistas postuló una original relectura de la antinomia civilización y barbarie y de la historia universal. Frente al discurso dominante que entendía a Europa como la cúspide de la civilización y como locomotora del progreso, Vastey denunció el carácter bárbaro de aquella supuesta civilización. En su opinión Europa tenía dos caras, una civilizada en lo que hacía a la riqueza y al avance técnico y otra bárbara signada por su trato deshumanizante hacia los pueblos extraeuropeos. En este sentido advirtió lúcidamente que con su expansión Europa, lejos de civilizar a los otros pueblos los barbarizaba,

² Vastey, Jean Louis, *El Sistema Colonial Develado*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, (Edición y estudio preliminar Juan Francisco Martínez Peria), 2018, p. 66.

³ Vastey, *op. cit.*, p.99.

pero más importante aún, se barbarizaba así misma.

Europa estaba además muy lejos de ser la locomotora de la historia ni la única que había hecho aportes valiosos al desarrollo universal. En este sentido, invirtiendo totalmente las narrativas dominantes, postuló que África -aquella región que supuestamente representaba el salvajismo por antonomasia- había sido la verdadera cuna de la civilización y las artes. Aún más, a África le correspondía el mérito de haber expandido inicialmente la civilización pacíficamente, desarrollando a la rústica Europa. Con sarcasmo señalaba: “Los enemigos de África desean convencer (...) que durante 5 mil años (...) África ha estado siempre hundida en la barbarie (...). ¿Acaso se olvidaron que África es la cuna de las ciencias y las artes? (...) África civilizó Europa y es a la raza negra hoy en día esclavizada (...) que los Europeos le deben las ciencias y las artes, incluso el arte de hablar”⁴. Ahora bien, los africanos no sólo estaban en el origen de la historia, sino también a la vanguardia de la misma. La revolución haitiana, protagonizada por africanos y afrodescendientes, lejos de ser una masacre de blancos, había sido un proceso emancipatorio que abría la alamedas de una nueva civilización, genuinamente humanista, alternativa a la falsa civilización enarbolada por Europa.

Al año siguiente Vastey publicó un nuevo libro, *Réflexions Politiques sur quelques Ouvrages et Journaux Français Concernant Haïti*, con la que continuó la batalla de ideas en la arena internacional. Allí denunció una vez más las apetencias colonizadoras de Francia y advirtió lucidamente que siendo incapaz de concretar sus planes militarmente, esta proyectaba hacerlo por la vía diplomática y económica imponiéndole el pago de una indemnización y un tratado de libre comercio favorable a sus intereses. Señaló: “El comercio es el único camino por el cual nuestros enemigos tienen la esperanza de introducirse entre nosotros, corrompernos, desunirnos (...) y finalmente oprimirnos.”⁵ En este sentido advirtió tempranamente el peligro del neo-colonialismo económico e insistió que para fortalecer la soberanía nacional era necesario diversificar la producción y promover la industria: “Una nación debe ser capaz de abastecerse de todo lo que necesita. Si depende de los mercados extranjeros para su subsistencia no tiene más la independencia en sus manos”⁶.

No obstante, Vastey entendía que sólo sería posible consolidar el proyecto haitiano si su mensaje se expandía universalmente. Preanunciando el tercermundismo señalaba que “500 millones de hombres negros, amarillos y rojos distribuidos por todo el globo, claman de su gran Creador aquellos derechos y privilegios que ustedes le han robado injustamente”⁷. Estaba convencido de que sólo una revolución planetaria que continuase con el legado libertario e igualitario de la revolución haitiana podría poner fin a la falsa civilización europea. Con vehemencia afirmaba: “¿Cómo se abolirá el tráfico de esclavos, la esclavitud, el perjuicio de color? (...) ¿De qué manera se le restaurarán los derechos originales al ser humano, si no es mediante una gran revolución (...) que (...) erradicará todos los prejuicios que se oponen a la felicidad (...) de la humanidad? (...) Quien puede dudar que tal revolución será una fuente de grandes bendiciones a

⁴ Vastey, Jean Louis, *Réflexions sur une lettre de Mazères: ex-colon français, adressée à M.J.C.L. Sismonde de Sismond*, Cap Henry, Chez P. Roux Imprimeur du Roi, 1816, pp. 32 y 47.

⁵ Vastey, Jean Louis, *Réflexions Politiques sur quelques Ouvrages et Journaux Français Concernant Haïti*, pp. 132-133.

⁶ Vastey, op. cit., p. 112.

⁷ Vastey, Jean Louis, *Réflexions sur une lettre de Mazères*, p. 14.

toda la humanidad”.⁸

El reino de Christophe hizo ingentes esfuerzos en este sentido y los textos de Vastey se difundieron ampliamente por el mundo atlántico, generando conciencia entre los sectores críticos y escandalizando a la mayoría de los blancos que se aferraban a sus privilegios coloniales, racistas y esclavistas. No obstante, en 1820 la monarquía se vino abajo. Christophe sufrió una apoplejía y luego una rebelión militar que lo llevó a suicidarse. En ese contexto Vastey fue asesinado. Haití se reunificó bajo la presidencia de Boyer (sucesor de Petión) y se consolidó una elite afrancesada que en 1825 aceptó la imposición de una indemnización millonaria por parte de Francia a cambio de un reconocimiento nominal de la independencia. Así, sus pesadillas se terminaron concretando. La revolución quedó clausurada y para peor su voz fue acallada.

Hoy, sin embargo, en un mundo donde las lógicas coloniales y racistas aún imperan, el mensaje de la revolución y de sus grandes intelectuales como Vastey, continúan vigentes. Recuperar su memoria y su legado, resulta entonces una tarea urgente en aquella batalla de ideas que sigue inconclusa.

Juan Francisco Martínez Peria es Abogado (UBA), magíster en Ciencias Políticas y Sociología (FLACSO), magíster en Historia y doctor en Historia (Universidad Pompeu Fabra). Ex becario posdoctoral Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET). Coordinador del Departamento de Historia del Centro Cultural de la Cooperación (CCC). Docente de la UBA, la UNSAM, el IUNMA, la UNR y la UNVM. Editor del libro *El sistema colonial develado*, de Jean-Louis Vastey (Ediciones del CCC, 2018).

⁸ Vastey, Jean Louis, *Réflexions Politiques sur quelques Ouvrages et Journaux Français Concernant Haïti*, p. 26.

El creole: válvula de escape del colonialismo

Jean Casimir¹



En “Piel negra, máscaras blancas”, Frantz Fanon afirma que hablar una lengua es asumir un mundo, una cultura (1952: 50). Si bien que hay haitianos que hablan francés, no son numerosos. El pueblo haitiano nunca ha habitado esta lengua.

El criollo haitiano y el francés conllevan dos conjuntos de experiencias contrastantes. La primera se alimenta de las intenciones de un imperio que, al retirarse de su colonia, dejó a una oligarquía a cargo del proyecto social que no pudo llevar a cabo. La segunda, en cambio, articula las instituciones necesarias para la supervivencia del conjunto nacional.

Para poblar la colonia y reproducir su población, Francia la abastece de “nuevos negros”. La “Perla de las Antillas” alberga a personas marcadas como ganado, tratadas con más severidad que las propias bestias de labranza. Sus oligarquías se enorgullecen de gobernar la mayor, la más poblada y la más pacífica de las sociedades de plantación (Dubois y Garrigus, 2006).

¹ Versión abreviada de una presentación hecha en la Jornada Internacional de la Lengua Creole el 28 de octubre de 2016, en el Centro de Estudios Latinoamericanos y Caribeños del Centro John Hope Franklin de la Universidad de Duke, Carolina del Norte.

Privilegios asumidos

El poder metropolitano se ejercía en una lengua que la población ignoraba. Las clases intermedias, los llamados “pequeños blancos” y los libertos², decían dominar el francés, mientras que en la Francia metropolitana sólo una ínfima minoría lo hablaba. Estos funcionarios aplicaban los lineamientos de la administración pública, sin alterar la cultura responsable de su vida privada. Los “jacobinos negros” emergieron de estas clases. Los asentamientos en los que predominaban servían a la hegemonía francesa, y la ambigüedad de sus esfuerzos por destruir la esclavitud les valió el desprecio de la resistencia africana³.

La vida privada en las zonas urbanas, al igual que en otras partes, se adhería al enfoque *africano*⁴ (Madiou, V: 107), pero la vida pública era mayormente disputada por la población rural y de montaña. Entre los combatientes de las guerras de independencia, sólo había “...unos pocos hombres de corazón selecto y cierta educación que se habían criado en las ciudades” (Madiou, VI: 455). Así, a la llegada del ejército expedicionario, Toussaint ordenó el incendio de estos centros, y Dessalines escribió en la Constitución sobre la necesidad de aniquilar las ciudades a la primera alarma.

Esta tradición subyace en la vida cotidiana y florece en los talleres de las casas y en los *dokos*⁵, entre los “nuevos negros” y los habitantes del interior del país. Sin embargo, la aparente oposición de sectores rurales y urbanos o de *bossales* y *criollos*⁶ es superficial. La contradicción surge de los comportamientos del ámbito público auspiciados por el imperio, que son cuestionados por los comportamientos que rigen la vida privada. En el primer espacio, la metrópoli siembra los privilegios derivados de su derecho de conquista, mientras que en el segundo evolucionan las relaciones comunitarias de reciprocidad, solidaridad, afecto y reparto igualitario. Cuando el imperio se retira visiblemente, las oligarquías camuflan las innovaciones locales de raíz africana, mientras que los oprimidos no se preocupan demasiado por las opciones de las clases que la metrópoli considera dominantes.

Dos memorias, dos idiomas y un solo estado

La lengua imperial circunscribe un mundo que no abarca la vida cotidiana de la población. Ella anima la burocracia gubernamental y las relaciones comerciales y políticas con el exterior. Su conocimiento no era deseñado, pero había que protegerse de sus instrucciones coloniales (De Vastey, 1814).

A partir de 1789, la conversión de los cautivos en esclavos abrumba a las fuerzas fran-

² N del T: En francés, en el original, blancs manants y affranchis, categorías etno-clasistas del tiempo de la Colonia. La primera corresponde a blancos “pobres” nacidos en Saint-Domingue u otros territorios coloniales franceses, los cuales no poseían plantaciones ni esclavos más allá del servicio doméstico. La segunda se utilizaba para designar de forma peyorativa a los mulatos, pero podía incluir también a negros libertos: se trataba de clases intermedias que llegaron a ostentar una notable riqueza y poder político.

³ Debien (1949:364) cita, por ejemplo, los proyectos formulados por Biassou, Jean-François, los dos Guiambois, Carreau, Despinville, Jean-Pineau et Jacinthe.

⁴ N del T: guineano, en el original.

⁵ Se llama doko al equivalente de lo que en otros países se conoce como manieles, quilombos, palenques, free village o bush society.

⁶ N. del T: El término “bossal” refiere, en Saint-Domingue, a los esclavos “nuevos”, recién arrancados del África, mientras que “criollos” a los nacidos ya en la propia colonia.

cesas. Las víctimas gestionan su intraculturación en sentido contrario. La violencia metropolitana corresponde a la extensión de su poder, a la eficacia de su manipulación de las instrucciones coloniales y a la anulación de las sanciones previstas. La violencia irracional es desafiada con éxito, los ejércitos rebeldes controlan áreas de influencia cada vez mayores y la población se convence de la viabilidad de una libertad sin fronteras.

Se desarrollan dos memorias distintas: la de los mandatos coloniales de los que se hicieron eco el gobierno, los libertos y los “jacobinos negros”, y la de su superación por parte de las comunidades oprimidas. La articulación de estas memorias forman el propio estado de Haití.

La lengua creole

Las prácticas de protesta se institucionalizaron en creole. La sociedad civil la utiliza de escudo contra la intimidación de las autoridades. Su visión decolonial, estructurada en el corazón de la modernidad, aniquila el concepto de esclavo entendido como mercancía humana, y lo sustituye por el de persona o ser humano⁷. El individuo así creado se establece como habitante y se aísla de los libertos, la categoría social colonizada.

Desde la emancipación general hasta la declaración de independencia, el resurgimiento de la guerra y el fin de la agricultura de exportación facilitaron el desarrollo de nuevas prácticas sociales (Debien, 1949), un conocimiento mutuo de los cautivos así como la experiencia de las limitaciones del sistema colonial. Se estructuraron tanto la economía doméstica, como las relaciones familiares y las relaciones con la naturaleza. La trata de esclavos, el comercio internacional, la utilidad de la familia mononuclear y el trabajo alienado son puestos a prueba. El creole, la lengua con que piensa la población (Geertz 1973: 44), comienza a estandarizarse, sirviendo de válvula de escape a la colonialidad.

El alcance de la nación

La coexistencia de las dos culturas expone la incapacidad de cada una de ellas para dominar su contradictoria realidad. Ellas ponen en evidencia el carácter inacabado de la colonización y la resistencia. La vida pública y la privada fluyen en una interminable negociación entre las soluciones locales y las exigencias imperiales. El colono agrede a una soberanía que lo niega, a pesar de los costos de su imposible destrucción. La distancia entre las lenguas se superpone a la que separa la colonización de la independencia. Corresponde a los agredidos codificar el proceso por el que construyen su poder y tomar conciencia de ello.

La búsqueda de la reexistencia define a los haitianos como actores decoloniales. Su cultura socava los marcos de pensamiento propuestos por los opresores. Pero el conflicto insoluble con la lengua francesa pospone el desarrollo de un Estado independiente. El manejo inadecuado por parte de los creolófonos de la relación entre sus dos lenguas y sus respectivas culturas les impide avanzar por el camino elegido, sea por el de la independencia por aquel otro del colonialismo.

⁷ Moun en el original en creole, derivado de muntu que quiere decir persona en lengua bantu.

En el creole se decantan los modelos de comportamiento más adecuados para evitar las trampas del colonialismo. Este lenguaje promueve la cohesión y la solidaridad, un sistema social innovador rodeado por la comunidad internacional, que insiste en revivir la validez de las formas monstruosas de ver y gestionar la realidad, anulando así nuestros avances sobre la colonialidad.

El creole surge de las interrelaciones entre los estratos sociales más explotados de la cuenca del océano Atlántico. Estos marginados fueron los primeros socializadores de los cautivos de Santo Domingo. La llegada de estos últimos en número cada vez mayor les llevó a monopolizar la lucha anticolonial y su lenguaje. La intersección de los privilegios asumidos que distribuye el imperio y la fragilidad inicial de la conducta decolonial alimentan las vacilaciones de los colonizados, hasta que en la última década del siglo Francia se muestra impotente frente al ejército indígena⁸. Los intentos de este ejército por utilizar la lengua local en sus proclamas, dan fe de los vínculos que unían a las capas urbanas, la mano de obra cautiva, las sociedades insurgentes y sus ejércitos.

El criollo haitiano floreció entre las cadenas de la esclavitud como expresión de una libertad sin fronteras. Encontramos en ella las formas en que la flamante nación encontró para trascender la propiedad privada y su eje en la familia nuclear. En el mismo movimiento, el derecho de conquista y la racialización de las relaciones humanas son aniquiladas al vaciarse de sentido.

Mucho antes de la independencia, la lengua creole se convirtió en una marca de identidad. En 1809, Descourtilz nos recuerda que: “[Dessalines] reprendió muy severamente al hijo de un terrateniente de Gonaïves, criollo de Saint-Domingue, quien pensaba estarle hablando en buen francés: “Mantente en tu lengua -le dijo- mirándolo con desdén, ¿que necesidad tienes de utilizar otra?”⁹ En esta respuesta espontánea, Dessalines define a la nación emergente. El lenguaje revela el poder de actuar y la voluntad de los oprimidos de volver a existir, sin más límites que los que ellos mismos se han fijado.

⁸ N del T: “Ejército Indígena” fue el nombre dado por los revolucionarios a la fuerza militar que comenzó el proceso independentista. Su nombre deriva del proceso identificación de las masas esclavizadas con los pueblos indígenas taínos y arawakos, prácticamente exterminados a su arribo a la colonia francesa de Saint-Domingue.

⁹ M. E. Descourtilz, *Voyages d'un naturaliste et ses observations*, Tome troisième, Paris, Dufart, père, Librairie-Éd., 1809, p. 281.

Bibliografía

- De Lacroix, Pamphile, *Mémoires pour servir à l'histoire de la révolution de Saint-Domingue, Pamphile de Lacroix, avec une carte nouvelle de l'île et un plan topographique de la Crête-à-Pierrot*, Paris, Chez Pillet aîné, Imprimeur-Libraire, Tome I, 1819.
- De Lattre, Ph. Albert, *Campagnes des Français à Saint-Domingue et Réfutation des reproches faits au Capitaine Général Rochambeau*, Paris, Locard, Libraire, Arthus-Bertrand, Amand Koenig, 1805.
- De Vastey, Pompée V., Baron, *Le système colonial dévoilé*, Port-au-Prince, Société Haïtienne d'histoire, de Géographie et de Géologie, 2013 [édition originale : Au Cap Henry, Chez Roux, 1814].
- Debien, Gabriel, « Aux origines de l'abolition de l'esclavage », in *Revue d'histoire des colonies*, tome 36, n^{os} 127-128, troisième et quatrième trimestres 1949, pp. 348-423.
- Debien, Gabriel. *Des esclaves aux Antilles françaises*, Basse-Terre et Fort-de-France, Société d'histoire de la Guadeloupe et Société d'histoire de la Martinique, 1974.
- Dubois, Laurent et Garrigus, John D., *Slave Revolution in the Caribbean, 1789-1804, A Brief History with Documents*, Boston, New York, Bedford/St. Martins, 2006.
- Fanon, Frantz, *Peau noire, masques blancs*, Paris, Editions du Seuil, 1952.
- Geertz, Clifford, *The Interpretation of Cultures*, New York, Basic Books, Inc. Publishers, 1973.
- King, Stewart R., *Blue Coat or Powdered Wig, Free People of Color in Pre-Revolutionary Saint-Domingue*, Athens and London, the University of Georgia Press, 2001.
- Madiou fils, Thomas, *Histoire d'Haïti*, Tome II, Au Port-au-Prince, Imprimerie de Jh Courtois, 1848.
- Prudent, Lambert-Félix, *Des baragouins à la langue antillaise, Analyse historique et sociolinguistique du discours sur le créole*, Paris, Éditions Caraïbéennes, 1980.
- Raymond, Julien, colon de Saint-Domingue, *Réflexions sur les véritables causes des troubles et des désastres de nos colonies, notamment sur ceux de Saint-Domingue ; Avec les moyens à employer pour préserver cette colonie de la ruine totale, Adressées à la Convention Nationale*, Paris, Imprimerie des Patriotes, 1793.

Jean Casimir es ensayista y profesor, Doctor en Sociología y Antropología en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Imparte cursos en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Estado de Haití (UEH) y en la UNAM. Ha sido secretario del Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales (Brasil-Unesco), miembro de la Secretaría de las Naciones Unidas en Nueva York, y entre los años 1975 y 1988 formó parte de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Entre sus publicaciones se cuentan *La Cultura Oprimida* (1980), *La Caraibe*, *une et divisible* (1992), *Ayiti Toma*, *Haití Chérie* (2000) y *Pa Bliye 1804*, *Souviens-toi de 1804* (2004).

El blanco que no es: color e identidad en Haití

Claudia Alavéz García y Marcela Colocho Rodríguez



Hace algunos años llegamos a Haití, con la punzante duda de cómo ver al país desde América Latina, cómo hablar de su existencia, cómo vincularnos con el presente y la historia de este convulso paisaje caribeño. Si bien nuestras dudas se concentraban mayormente en nuestra mirada de esta realidad hasta ahora nueva, antes sólo conocida a través de los textos y las narrativas de amigos, muy pronto el *estar* en Haití nos cambió la dirección de la mirada, hacia adentro, hacia nosotras mismas. Las dudas crecieron: cómo eramos percibidas, vistas y entendidas desde nuestro ser latinoamericanas, en este imaginario que parecía, ante nuestros ojos amateur, reconocernos únicamente en las dicotomías del blanco y el negro.

En 1998, el poeta y ensayista cubano Roberto Fernández Retamar contó que en una entrevista con un medio europeo, el periodista le preguntó si existía una cultura latinoamericana-

na, lo que era como preguntarle -en su reflexión- si los propios latinoamericanos existían.

La historia latinoamericana, nuestra cultura y lo que somos -haciendo la vista gorda a las diferencias que las fronteras nacionales nos imponen- ha estado marcada por diferentes formas de construcción de identidades mestizas, ladinas, indígenas y afroamericanas. En muchos casos, nuestras identidades locales se han formulado en oposición a lo que desde nuestras jergas locales hemos conocido como “gringo”, “chele”, “yanqui”, “güero”, o “blanco”. Este personaje ha sido en nuestras narrativas el otro, el conquistador, el patrón, el opresor; por lo que encontrar que la primera palabra con la cual se nos nombró en Haití fuera *blan* (blanca en creol haitiano) no era un hecho inadvertido que pudiéramos aceptar con facilidad.

Atendiendo nuevamente a la pregunta que planteaba Retamar, en esta forma de nombrar nuestra diferencia: ¿existimos acaso? ¿Qué significa en Haití ser considerado *blan*? ¿Este *blan* somos nosotras, mujeres latinoamericanas “morenas”, o es más bien el personaje que rechazamos? ¿Quién o qué es lo negro y qué es lo blanco en esta isla caribeña? ¿Existe acaso otra dermis posible?

Aquí, la esencia de lo blanco y lo negro es el choque de culturas: dos maneras de entender el mundo a través de ideologías impuestas que pueden portarse indistintamente por personas con diferente color de piel. En la vida cotidiana en Haití, “lo blanco” no se designa directamente por la racialización de la biología. El color de la piel no es causa-consecuencia de los valores que una persona pueda desarrollar. No hay una relación determinista entre origen o fenotipo, en la lógica que podría entenderse en el racismo anglosajón o en contextos particulares de la Latinoamérica actual.

Más allá de las pieles negras de sus representantes, hay muchas cosas blancas en Haití, como por ejemplo el Estado y su institucionalidad. Un Estado “fallido” no solo por obra de las potencias imperiales, sino porque las instituciones oficiales se niegan a negociar con la cosmovisión de la cultura cimarrona.

Pronto nuestro *estar en Haití* nos permitió ver la presencia de esta identidad cimarrona; una identidad que desarrolló estrategias de vida plena y sobrevivencia forzosa. En los márgenes de esta identidad cimarrona, nos encontramos con una grieta en el caparazón de las dicotomías que impone la racialidad negro/blanco. Nos encontramos con una posibilidad de vernos los rostros de morenos, indígenas, latinoamericanos y negros con una historia común, con vivencias cercanas, con deseos de futuro y posibilidades de dialogar.

La apuesta al diálogo

En su “*Pedagogía del oprimido*”, el educador popular brasileño Paulo Freire afirmaba que: “es necesario que a quienes se les ha negado el derecho a decir la palabra reconquisten ese derecho.” Un diálogo que sería “esencialmente, tarea de sujetos” y que no puede “verificarse en la relación de dominación”. Para Freire, existir es pronunciar el mundo y transformarlo: nuestra existencia no puede ser muda. Para nombrar la palabra verdadera se hace necesario un diálogo que reconozca nuestros contextos, nuestra historia y nuestras memorias.

Para una apuesta al diálogo con la realidad haitiana, es necesario tomar en cuenta que el proceso de conquista del territorio que comprendía Santo Domingo, estableció una estructura colonial, tanto en las relaciones internas de lo que hoy es Haití, como en la

relación del país con su exterior. Dicha estructura colonial supo sostenerse en elementos económicos, dando lugar a una sociedad dividida en propietarios, comerciantes y personas esclavizadas, pero estratificada también por el color de la piel. Muestra de ello son las categorías sociales de la colonia como los “grandes blancos”, los “pequeños blancos”, los mulatos y los negros.

Haití se convirtió en la primera República Negra de América Latina en 1804; mientras que en la mayoría de países de América Latina continental los procesos independentistas comenzaron en 1810 y cerraron su ciclo alrededor de 1820. Para el sociólogo haitiano Laënnec Hurbon (1993), desde el año 1804 Haití se situó en el dilema de vivir para sí mismo, seleccionando sus propios valores y formas de vida, o de mostrarse como una nación “civilizada”. A partir de este dilema se consagraron dos tipos de cultura: la cimarrona y la de la elite. Hurbon plantea que el *“que la problemática racial sea una obsesión, se vio desde el día siguiente de la independencia como una herencia de la esclavitud”* (p. 50).

Esta revolución negra fue un espacio de ensayo y error, de creación, de debate y de experimentación dentro de la Modernidad. Haití, como los otros países insulares del Caribe, tiene en su memoria una historia asociada a la plantación. Según el trinitense C. L. R. James, en los territorios marcados por la producción de azúcar y la esclavitud se estableció un patrón incomparable con cualquier otra realidad social (2017, p. 36). Haití se volvió rápidamente un horizonte posible, con sus buenas nuevas para los pueblos colonizados y con sus debidas advertencias para las potencias colonizadoras.

A estos elementos podemos añadir que como consecuencia de las múltiples culturas, lenguas y espiritualidades que convivieron en el territorio de la colonización francesa, Haití tiene como idiomas oficiales el creol haitiano y el francés, lo que implica aún hoy un gran debate interno sobre el rol respectivo de cada lengua. Esta característica le aleja en cierta medida de América Latina, en donde pese a coexistir más de 420 lenguas originarias, el idioma español, el más difundido, facilita procesos de comunicación y articulación. En Haití, al igual que en el resto de los países caribeños insulares, la presencia de pueblos originarios es mínima o inexistente, lo que conlleva cierta imposibilidad de interlocución con los indígenas de otras regiones.

Pero no es sólo por estos elementos que Haití mantiene una relación peculiar con América Latina. Es imposible olvidar las banderas de Uruguay, Brasil, El Salvador, Honduras, Chile, Colombia, Argentina y Brasil estampadas en los hombros de los numerosos soldados miembros de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití (MINUSTAH), que ocuparon el país durante 13 años. Ni tampoco el recibimiento problemático de los migrantes haitianos que llegaron en oleadas sucesivas a diferentes países de nuestro continente. Esto, sin mencionar la relación histórica y no exenta de dificultades con la vecina República Dominicana.

No es difícil entonces el comprender que al llegar seamos interpretados como blancos, como cómplices de una ocupación, una distinción “cómoda” sin embargo en el mundo que vivimos, que nos hace no ser negros, no ser haitianos, no ser hijos, hermanos o primos de este Caribe negro. Numerosos latinoamericanos que por diversas circunstancias trabajan y habitan en diferentes departamentos del país, asumen sin problemas su blanquitud aquí, y se olvidan de su paisaje latinoamericano, de países donde se alude al “extranjero opresor” como “ese gringo” que “se cree güero”. En este contexto, la posibilidad de diálogo parece débil.

Dudar de lo blanco

Si bien no podemos negar nuestras historias y nuestro color de piel, ¿cómo negamos a *esa blanquitud*? ¿Cómo rechazamos ser ese personaje con lo que implica en nuestros países? Sobre quienes habitan cómodamente su interpelación como “blan”, la antropóloga Rita Laura Segato puede invitarnos a la duda, a imaginarnos la posibilidad de utilizar estas mismas categorías como medio para contestar y revertir el fenómeno de la dominación. O incluso a crear otras, a caminar en los márgenes del paradigma esencialista, y poner colores indígenas, de barrio popular, de villa, a este imaginario latinoamericano de tez más clara.

Para nosotras Haití es nuevamente un enclave que invita a sospechar de lo blanco, a poner en tela de juicio su supuesta superioridad y su presunto destino de dominación. Pero también a dudar sobre qué y quién lleva esa categoría de blanco ¿le corresponde aquí al quechua, aymara, tsotsil, guaraní, mapuche, zapoteca, pipil o lenca la misma categoría de “blan”, es decir de extranjero?

Creemos que no, que los puentes deben ser tendidos y los lenguajes articulados, que pese a no hablar las mismas lenguas, pronunciamos y existimos desde los lenguajes de la diferencia. Que la violencia del capital toca nuestras tierras con estrategias similares, y que nuestros pueblos han aprendido a bordar, labrar y cincelar la resistencia desde hace más de 500 años.

Nos gusta pensar que el diálogo se construye de a dos, desde el que habla y escucha, hacia el que escucha y réplica. En suelo haitiano es en este diálogo que existimos: en el compartir nuestra música, nuestra lengua, nuestras culturas y resistencias. Existimos en el esfuerzo cotidiano de crear pequeños espacios para mirarnos más allá del color de nuestra piel. Pero este esfuerzo debe ser mutuo, debe cobijar a todo lo que se autodenomina “no blanco”, para no caer en la trama de la dermis que se torna una encrucijada epistemológica.

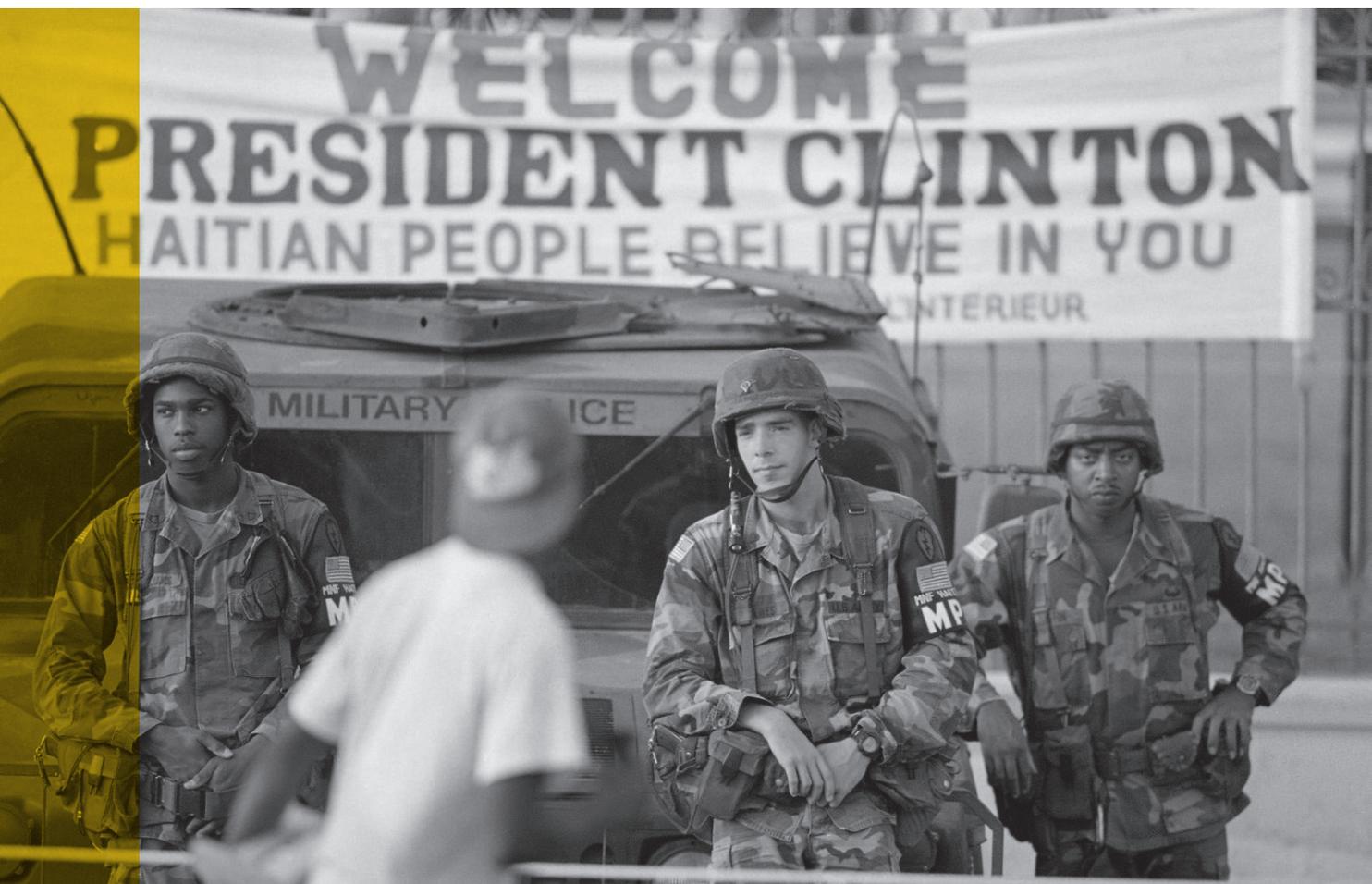
Nos encontramos nuevamente en deuda con Haití, su pueblo y su historia, porque aquellos constituyen una experiencia para validar conceptos ontológicos en la creación de narrativas locales y nacionales. Es este territorio el que nuevamente alerta sobre la complejidad de un diálogo entre los que no son blancos, y evidencia que *estar en Haití no puede más que implicar un reto*.

Claudia Alavéz García es Socióloga por la Universidad de La Habana. Investigadora y educadora popular, integrante del Colectivo Latinoafricano y residente en Haití. Sus líneas de investigación versan sobre epistemología caribeña, territorios y juventudes.

Marcela Colacho Rodríguez es Economista por la Universidad de La Habana y Antropóloga por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Educadora popular e integrante del Colectivo Latinoafricano.

La resistencia a la recolonización multicultural de Haití

Mamyrah Dougé-Prosper



El 28 de febrero de 2021, miles de personas marcharon en Haití desde el viaducto de la intersección de la Avenida Martin Luther King, Jr. con la Avenida de Delmas -también conocido, en creole, como *Kafou Rezistans*¹-. Lo hicieron hacia los suburbios de Pétion-Ville, en donde viven las élites del país, incluidas aquellas de la llamada “comunidad internacional”. Los manifestantes llevaban carteles que reflejaban la convergencia de una pluralidad de demandas en los distintos idiomas de las Américas: *Aba enperialys, viv kominis; Stop de*

¹ N. del T.: Cruce de la Resistencia, en creole en el original.

*Bloodshed in Haiti; Jovenel Moïse is a dictator; Repekte konstitisyon 1987; Haitian Lives Matter; Viv yon tranzisyon popilè*².

Diferentes sectores de la sociedad haitiana se unieron para instar al presidente de facto Jovenel Moïse a dimitir, dando lugar a un gobierno de transición que genere lo que muchos militantes radicales llaman *chavire chodyè*, es decir una ruptura total con el sistema de desigualdad, explotación, corrupción e impunidad. En Haití, estos tres últimos años de rebelión expresan una continuidad del rechazo popular a la elección de Jovenel Moïse, y en general de su partido el PHTK, desde el año 2011 en el poder por imposición del *Core Group*³. Este levantamiento es la respuesta del pueblo haitiano a casi dos décadas de abandono estatal, ocupación militar, despojo de tierras y gangsterización de los barrios populares.

El presente texto intentará contextualizar estas protestas, exponiendo el accionar del imperialismo norteamericano en este país caribeño, estableciendo conexiones entre las luchas en Haití y en otras partes de las Américas -y el mundo-. Como tal, el artículo invita a despojar al país de su presunta excepcionalidad, para reinsertarlo dentro de una comprensión más amplia del capitalismo racial y el imperialismo, dando lugar así a nuevas formas de solidaridad.

En 1969, el *président à vie*⁴ François Duvalier declaró que Haití se convertiría en el “Taiwán del Caribe”. Para ello firmó una ley que habilitó el establecimiento de los primeros parques industriales en territorio nacional. Dicha ley se vería reforzada por el decreto de 1974 de su hijo Jean-Claude Duvalier, que estimulaba la producción de ropa para empresas estadounidenses. Un decreto posterior fundó en 1979 la Sociedad Nacional de Parques Industriales (SONAPI) a pocos kilómetros del aeropuerto de Puerto Príncipe. Preparando el terreno para esta transformación de tipo neoliberal, los dos Duvalier, padre e hijo, construyeron proyectos de vivienda en el área metropolitana como forma de atraer a los habitantes de las zonas rurales. Al mismo tiempo otorgaron cientos de miles de hectáreas de tierra de los departamentos del interior, para que las familias ricas establecieran grandes plantaciones de café, vetiver y banano para su exportación en el Norte Global.

A principios de la década de 1980, Jean-Claude mandó a exterminar a los cerdos criollos, cuya reproducción constituía la base de la economía del campesinado. Con este y otros mecanismos los Duvalier facilitaron la creación de una nueva oligarquía dotada de conexiones estadounidenses. También procuraron mercantilizar la cultura haitiana para venderla a los turistas norteamericanos y europeos. Además, subvencionaron investigaciones realizadas por organismos internacionales como las Naciones Unidas, para identificar en la región norte oro, cobre y otros minerales con miras a su explotación. Durante este período, de 29 años de duración, el régimen de facto mantuvo salarios mínimos mientras la clase política y sus amigos más cercanos saqueaban la arcas del Estado. También recibieron las generosas donaciones de los Estados Unidos en su lucha “anticomunista”, así como los préstamos de las instituciones financieras

² N. del T.: Abajo el imperialismo, viva el socialismo. Paren el baño de sangre en Haití. Jovenel Moïse es un dictador. Respeten la constitución de 1987. Las vidas haitianas importan. Viva la transición popular (consignas en creoles haitiano e inglés).

³ Grupo de interés y presión conformado por los embajadores de Alemania, Brasil, Canadá, España, Estados Unidos, Francia, la Unión Europea, y por el Representante Especial de la OEA y el Representante Especial de las Naciones Unidas en el país.

⁴ N. del T.: Presidente vitalicio, en francés en el original.

internacionales encargadas de gestionar el “desarrollo del mundo subdesarrollado”.

Con el fin de disciplinar a la población, los Duvalier financiaron y organizaron a los llamados *Tonton Macoutes*, grupos paramilitares que vestían uniforme, operaban fuera de la ley y funcionaban como complemento de las fuerzas armadas oficiales. Aquellos violaron, masacraron y desmembraron de manera pública a personas, familias y comunidades enteras. Los macoutes eran reclutados, por lo general, entre campesinos, desempleados y pobres urbanos, frustrados por su marginación histórica y por la imposibilidad de replicar los modelos hegemónicos de masculinidad. Los Duvalier se apropiaron e instrumentalizaron esta violencia en favor del sistema. La dictadura descansaba, además de en el uso de la fuerza bruta por parte de estos grupos paramilitares, en la manipulación de la ley y el apoyo de la “comunidad internacional”, con quien coincidía en el sostenimiento del capitalismo racial, que reducía a la “colonia” haitiana al extractivismo y la exportación a través de las nuevas plantaciones, los parques industriales, la minería y el turismo.

Mientras los Duvalier buscaban el control total sobre los cuerpos, las vidas, los medios de vida y el trabajo dentro de las fronteras del país, la comunidad haitiana en el propio territorio nacional y en la diáspora, luchaban por la participación colectiva y la autodeterminación de Haití. No faltaron quienes intentaran derrocar a la dictadura, sea dentro del Ejército o desde el exilio en América del Norte y del Sur. Hubo quienes utilizaron la fachada de la Iglesia Católica y los programas de alfabetización para viajar por el país, compartiendo información y trazando diversas estrategias. Dentro de las fronteras, algunas estaciones de radio llamadas “piratas”, así como los programas radiales universitarios, fueron utilizados para exponer en el extranjero la realidad interna de la dictadura. Algunos marcharon por las calles de las principales ciudades, particularmente en la capital Puerto Príncipe, para expresar su resistencia y su deseo de transformación social.

Todos estos esfuerzos culminaron en lo que los militantes llaman la “Revolución de 1986”, cuando Jean-Claude Duvalier y sus socios fueron expulsados del país con el concurso de sus antiguos aliados norteamericanos. Duvalier (h) y su familia escaparon a Francia para disfrutar de las riquezas seguras en sus cuentas bancarias en Suiza, mientras que muchos de sus partidarios de más alto rango se fugaron hacia. Pero la mayor parte de los *tonton macoutes* se enfrentó a lo que se conoce como *dechoukaj*⁵. Tras la caída, una junta militar fue impuesta para gestionar la transición hacia la democracia, reducida en su concepción a la redacción de un nuevo texto constitucional y a la celebración de elecciones.

Durante este período, el cura salesiano Jean-Bertrand Aristide emergió como el líder mesiánico de las grandes mayorías populares, ganando las elecciones de 1990 por abrumadora mayoría. Pero la victoria popular de Aristide duró poco, dado que en apenas 7 meses fue depuesto por jefes militares y policiales formados en la Escuela de las Américas de los Estados Unidos. Aristide pasaría los siguientes 3 años en aquel mismo país, defendiendo sus derechos políticos y promoviendo el desmantelamiento de los paramilitares que perseguían por ese a sus simpatizantes y partidarios. Si bien supo sostener una posición antiimperialista, Aristide regresaría a Haití con una misión de las Naciones Unidas dirigida por los Estados Unidos, y con la intermediación de una serie de organizaciones internacionales no gubernamentales. En su retorno al poder, nombraría a varios ex-duvalieristas en su gabinete, in-

⁵ N. del T.: Acción de arrancar algo de raíz, de acabar de forma definitiva con un estado de cosas determinado. En creole en el original.

cluida Leslie Delatour, economista formada de la Escuela de Chicago quien había redactado lo que el mismo Aristide supo llamar el “Plan de la muerte”, que llevó a la privatización de muchas instituciones estatales, la liberalización del mercado que indujo el colapso de la producción nacional de arroz, y dio un asiento permanente en el aparato estatal haitiano a instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

El giro democrático de la década de 1990 no fue suficiente para producir una visión decolonial del desarrollo, que no redujera a la tierra y a los trabajadores de Haití a bienes pasibles de ser explotados. En 2002, el Parlamento haitiano, controlado entonces por el partido *Fanmi Lavalas* del presidente Aristide, aprobó una Ley de Zonas Francas que otorgaba, en sus artículo 21 y 23, 15 años de exención impositiva a las empresas manufactureras y 10 a los inversores. En sintonía con aquella, la Ley de Inversiones del 2002, en su capítulo segundo, vino a considerar de la misma manera a las entidades nacionales y extranjeras, otorgándoles las mismas ventajas y prerrogativas. Al año siguiente, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el BM y el Fondo de Desarrollo Económico de George Soros, invirtieron junto al Grupo M, una empresa dominicana fabricante de ropa, en la construcción de la Compañía de Desarrollo Industrial S.A. (CODEVI, por sus siglas en francés) en Ouanaminthe, ciudad fronteriza entre Haití y la República Dominicana. Durante este mismo período, Aristide presionó para lograr un aumento gradual del salario mínimo, denunciando a la burguesía industrial por sus más de 30 años de brutal explotación de la mano de obra haitiana.

En vísperas del bicentenario de la Revolución Haitiana de 1804, Aristide exigió a Francia que reembolsara la deuda que le impuso a Haití a cambio del reconocimiento de su independencia, deuda que el país no saldaría hasta 1947, ya no con Francia sino con los bancos estadounidenses que la compraron durante la ocupación del país caribeño entre 1915 y 1934. En enero de 2004, el industrial de nacionalidad estadounidense y miembro de la oligarquía local André Apaid, quien dirigía entonces el “Grupo de las 184” (una coalición de organizaciones y personalidades de las clases dominantes), usurpó la dirección de una movilización estudiantil que solicitaba la reforma del sistema universitario público, y denunciaba entonces la respuesta violenta de la policía contra las manifestaciones que exigían la dimisión del presidente democráticamente electo. En ese contexto, ex militares y policías exiliados en la República Dominicana tomaron el control de Gonaïves, la ciudad cuna de la independencia, amenazando con invadir desde allí Puerto Príncipe. Todas estas maniobras culminaron con un segundo golpe de estado contra Aristide.

El “Grupo de los 184” también había sido politizado por una intervención de las Naciones Unidas (ONU) organizada para aplastar a los partidarios armados de Aristide. Brasil y Chile atendieron al llamado proporcionando más de 5.000 soldados que allanaron barrios periféricos de Puerto Príncipe y violaron a mujeres, niñas y niños. Organizaciones no gubernamentales internacionales también acompañaron la misión, dando empleo a algunos miembros de la pequeña burguesía y distanciándolos aún más de los desocupados y los trabajadores pobres. Además, el *Core Group*, que incluye a representantes de la ONU, la Organización de Estados Americanos (OEA), Brasil, Estados Unidos, Canadá, la Unión Europea (UE), Francia, España y Alemania, se estableció en la embajada norteamericana en Haití para monitorear el país.

Un ciudadano estadounidense de ascendencia haitiana, Gérard Latortue, fue nombrado Primer Ministro para gobernar y organizar nuevas elecciones, consideradas como la máxima

expresión de la democracia occidental. Mientras tanto, la Asociación de Industriales de Haití (ADIH, por sus siglas en francés) presionó y finalmente aseguró la aprobación de las leyes conocidas como “HOPE I” y “HOPE II”⁶, en los años 2006 y 2008, para permitir una reducción arancelaria especial para las prendas de vestir confeccionadas con telas estadounidenses procedentes de las maquilas de Haití.

En suma, esta ocupación militar, multilateral e inconstitucional, abriría las puertas a una recolonización en clave multicultural de la primera “república negra” del mundo.

René Prével, ex Primer Ministro de Aristide durante su primera presidencia, ganó las elecciones de 2006. Casi de inmediato firmó el acuerdo de ingreso a la plataforma Petrocaribe con el mandatario venezolano Hugo Chávez, cuya visita a Haití fue aclamada por el pueblo. Prével también instó a un aumento del salario mínimo en 2009. Ese mismo año, el Parlamento haitiano, influido por su propio partido, votó para enmendar la Constitución de 1987, haciendo obligatoria la inclusión política de las mujeres a través de un cupo mínimo del 30%; relajó los requisitos de obtención de ciudadanía para los ciudadanos con pasaportes extranjeros; eliminó los artículos que prohibían la participación política de los partidarios de la familia Duvalier en la estructura del Estado; y suspendió la protección de ciertas tierras agrícolas, sólo por nombrar algunos de los principales cambios introducidos. El gobierno de Prével expresó las mismas contradicciones entre progresismo y neoliberalismo que el resto de la región latinoamericana y caribeña. Finalmente, el terremoto de 2010 presentó una oportunidad para que la llamada “comunidad internacional” reconciliara esas contradicciones y asegurara el nuevo ciclo de rapiña en torno a Haití. Para ello se estableció la Comisión Interina de Reconstrucción de Haití (CIRH, por sus siglas en francés) para supervisar la política estatal. También se manipularon las elecciones para instalar el *Parti Haitien Tèt Kale* (PHTK), que disfrutó del apoyo de buena parte de la comunidad haitiana residente en Estados Unidos y, ciertamente, de un gran contingente de pequeños y grandes burgueses residentes en Haití.

El PHTK articuló claramente un modelo de desarrollo orientado a la exportación a través de los cuatros pilares de la minería, el turismo, la agroindustria y los parques industriales. Por lo tanto, se produjo un nuevo ciclo de lucha entre el pueblo de Haití, su Estado colonial y las potencias imperialistas. El primer presidente del PHTK, Michel Martelly, canalizó fondos de la reconstrucción post-terremoto para apoyar la creación en 2012 del Parque Industrial Caracol (PIC). En ese mismo año, su gobierno también desalojó violentamente a campesinos del valle de Seguin para dar lugar a un parque turístico. Los supervivientes de la masacre resultante erigieron una tumba colectiva en memoria de las víctimas.

Por fortuna, la ley de minería patrocinada por el Banco Mundial en 2013, fue enterrada por la oposición al PHTK en el Parlamento. Además, el campesinado, con el apoyo de organizaciones progresistas, logró frustrar los planes para privatizar la Isla de la Vaca, que tenía el objetivo de convertirla en un *resort* exclusivo. En 2014, el gobierno de Martelly inauguró la primera zona franca agrícola en Trou-du-Nord, bajo la supervisión del futuro presidente del PHTK, Jovenel Moïse. En 2015 inició sus operaciones una nueva zona franca en Puerto Lafito, uno de los tres puertos en el Caribe capaces de recibir los barcos de gran porte que cruzan el Canal de Panamá hacia el Asia. Durante su presidencia, Martelly retrasó sistemáticamente las elecciones parlamentarias para

⁶ N. del T.: Oportunidad Hemisférica de Haití a través del Fomento de la Asociación (HOPE, por sus siglas en inglés).

poder gobernar por decreto. En ese tiempo él, su familia -muchos con altos cargos de gobierno- y sus socios, dilapidaron más de dos tercios de los fondos de Petrocaribe.

Las elecciones de 2015 estuvieron marcadas por el fraude y otras irregularidades, cuyos resultados beneficiaron al candidato del PHTK. La sociedad civil organizada y la oposición política bloquearon el país, obligando a Martelly y al *Core Group* a ceder ante un gobierno interino y la organización de nuevas elecciones. A pesar de los devastadores efectos del huracán Matthew en la infraestructura electoral, se celebraron nuevos comicios en el año 2016, esta vez con más del 40 por ciento de los votos directamente emitidos por “zombis” y por personas inexistentes, lo que resultó en el ascenso de Jovenel Moïse a la presidencia en 2017. Inmediatamente, la oposición inició una primera investigación sobre el uso de los fondos de Petrocaribe. En enero de 2018 Moïse se retiró de la plataforma. El decreto de aumento a los precios del combustible, tal como lo había dictado el Fondo Monetario Internacional (FMI), empujó a todo el país a organizar el primer *peyi lòk*, una huelga general que bloquearía todas las rutas comerciales durante tres días. En agosto de 2018, el movimiento juvenil de los Petrochallengers irrumpió bajo el hashtag *KotKòbPetwoKaribeA? -¿dónde está el dinero de Petrocaribe?-*. Durante los meses siguientes miles de personas protestaron al menos una vez al mes en las principales ciudades del país. En noviembre de 2018, bajo la atenta mirada de las fuerzas policiales de Haití, bandas armadas ejecutaron a 71 personas y violaron colectivamente a 11 mujeres, niñas y niños en el barrio La Saline de Puerto Príncipe, conocido por su capacidad e movilización y su militancia histórica.

Los movimientos sociales continuaron aumentando la presión hasta que la Corte Superior de Cuentas hizo público un informe preliminar, en enero de 2019, sobre el destino de los fondos de Petrocaribe. Allí se expondría a Moïse y a muchos otros partidarios del PHTK, partícipes en un millonario esquema de malversación de fondos. Ese mismo mes, Moïse votó en la OEA en contra del reconocimiento de Nicolás Maduro como presidente legítimo de Venezuela, lo que daría más impulso a la guerra de los Estados Unidos contra la República bolivariana. En febrero de 2019, militantes organizados exigieron la renuncia de Moïse y su sometimiento a los tribunales de justicia. Con el apoyo del *Core Group*, que continuó aplaudiendo el presunto profesionalismo de los agentes de la Policía Nacional de Haití que habían asesinado y herido a decenas de manifestantes, Moïse permaneció en el poder, decidiendo entonces removilizar a las Fuerzas Armadas del país, disueltas en 1995 por el ex presidente Aristide.

La oposición política y los movimientos sociales orquestaron varios bloqueos del país durante ese año. Más sectores de la población se sumaron entonces a la lucha, entre ellos periodistas, abogados y trabajadores de la salud. Sin embargo, para enero de 2020, Moïse comenzó a gobernar por decreto, habida cuenta de la no realización de las elecciones parlamentarias, lo que llevó al vencimiento del mandato del conjunto de los diputados y de dos tercios de los senadores del país. En mayo de 2020, 13 líderes de diferentes pandillas formaron una federación conocida como el G9 para coordinar sus ataques en el área metropolitana de Puerto Príncipe. Al fin de ese mismo año, Moïse decretó la creación de la Agencia Nacional de Inteligencia (ANI), que tendría por objetivo recopilar información sobre militantes y criminalizar las acciones de protesta. Mientras tanto, las pandillas hacían públicas sus actividades en las redes sociales sin ningún tipo de obstáculo, entre las que cabe contar numerosos secuestros, masacres y violaciones. El *Core Group* atribuyó entonces una presunta disminución de los asesinatos cotidianos a la organización y los acuerdos entre estas pandillas.

En enero de 2021, Moïse anunció un referéndum para aprobar una nueva constitución en la primavera, así como la organización de elecciones para el otoño. Redactada por las Naciones Unidas, la nueva carta magna que se pretende imponer al país, limita el poder del legislativo al tiempo que aumenta las prerrogativas del ejecutivo, permite períodos presidenciales consecutivos y otorga a los haitianos y haitianas en la diáspora el derecho a votar y ocupar cargos públicos. Además, el 7 de febrero Moïse se convirtió en presidente de facto de Haití, habiendo excedido los 5 años estipulados por la Constitución desde el día de las elecciones que lo llevaron al poder. Al día siguiente, emitió un decreto que desplazaba a jueces de la Corte Suprema y a policías de alto rango, funcionarios que, según él, habían organizado un golpe de estado en su contra. Este mismo decreto transformó más de 25.000 hectáreas de tierras agrícolas protegidas de Savane Diane, en la región central del país, en una zona franca gestionada por Apaid, el mismo promotor del “Grupo de los 184”, para establecer allí una plantación de un cultivo no comestible, la stevia, para la producción de edulcorantes para Coca-Cola. A finales de mes, las iglesias protestantes convocaron a una movilización, a la que acudió en masa el conjunto de la sociedad haitiana.

Luego de una ola de protestas de tres años contra el gobierno de Moïse y PHTK, símbolos de la explotación, corrupción e impunidad, los verdaderos amigos y amigas internacionales de Haití organizaron acciones en todo el hemisferio para hacerse eco de las demandas del pueblo, para proteger la Constitución de 1987 enmendada en 2011, para condenar el régimen dictatorial de Moïse y la gangsterización del territorio, para contrarrestar los proyectos de desarrollo de PHTK y para denunciar la complicidad de la comunidad internacional en la consolidación de la dictadura. Allí pudo verse, en un hecho casi sin parangón, la acción combinada de la sociedad haitiana y de sus aliados en países tan diversos como Canadá, Estados Unidos, Puerto Rico, República Dominicana, Brasil, Trinidad y Tobago, Argentina, Brasil, Uruguay y Francia, lo que redundó en el aplazamiento del pretendido referéndum.

Mamyrah Dougé-Prosper es la coordinadora internacional de la Red Panafricana de Solidaridad Community Movement Builders con sede en los Estados Unidos. Se desempeña también como coordinadora de la coalición internacional Leve Kanpe Avèk Ayiti, que trabaja para apoyar y amplificar las luchas del pueblo haitiano. Es integrante y fundadora de Black Radical, un colectivo multilingüe de medios panafricanos. También es profesora asistente de Estudios Globales e Internacionales en la Universidad de California, Irvine. Su docencia y sus investigaciones se centran en los movimientos sociales de Haití.

De la independencia a la MINUSTAH: el calvario de Haití en las relaciones internacionales

Ricardo Seitenfus



Una serie extraordinaria e ininterrumpida de acontecimientos históricos demuestran indiscutiblemente que Haití es el país más maltratado de la historia de las relaciones internacionales. En lugar de ser cantado en todas partes y por todos por la epopeya de su independencia, marcada por el fin del sistema colonial, el racismo y la esclavitud, el país ha sido en cambio aislado y despreciado.

Como el rugido del trueno en el cielo añil del colonialismo, la independencia de Haití y su mensaje de igualdad entre las razas fue un acontecimiento insólito. Ante la posibilidad de la independencia de Santo Domingo, la posición de Estados Unidos fue clara: “Haití puede existir como una gran aldea de cimarrones, un quilombo o un palenque. No se trata de aceptarla en el concierto de las naciones”¹.

¹ Casimir, Jean, Prefacio en Dubois, Laurent, *Les Vengeurs du Nouveau Monde*, Éditions UEH, Puerto Príncipe, 2009, p. 12.

Además de hacer pagar a Haití una indemnización equivalente a 27.000 millones de dólares, París tuvo que reaccionar y hacer del caso haitiano un ejemplo para mostrar a los pueblos colonizados la imposibilidad de liberarse. Inspirado en esta posición, el Occidente colonialista y racista definió entonces una estrategia que sigue presente en la actualidad y consta de cuatro dimensiones:

- a. Establecer un cordón sanitario que impida a Haití establecer y mantener contactos internacionales;
- b. Debilitar el Estado haitiano haciendo que el país sea ingobernable;
- c. Crear las condiciones culturales y psicológicas en Occidente para que todo lo que venga de Haití sea percibido como malo en sí mismo;
- d. Caracterizar a Haití como una sociedad que amenaza los fundamentos de las relaciones internacionales.

Al tratar de borrar de la memoria colectiva todo rastro de la responsabilidad de Occidente en la dramática formación de la sociedad haitiana, el país se ha visto privado de su propio pasado. Los principales principios que dieron lugar a la Revolución Haitiana se trasladaron a las revoluciones francesa y estadounidense. Desde entonces, Haití se ha convertido en el agujero negro de la conciencia occidental.

Tras la independencia de Estados Unidos en 1776, el Nuevo Mundo vivió una segunda victoria contra el colonialismo europeo. Pero el contraste entre la entusiasta acogida de los independentistas en Norteamérica y el desprecio y la arrogancia para con los libertadores de Santo Domingo era inmenso. Para los primeros, la gloria. Para los segundos, el oprobio. Esto marcó el comienzo de dos siglos de vía crucis y soledad internacional para el pueblo haitiano.

Los dos siglos de soledad internacional del pueblo haitiano se vieron interrumpidos a principios de 2004 cuando el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, al amparo del Capítulo VII de la Carta, decidió enviar una misión multidimensional para imponer la paz en un país que, hay que subrayarlo, no estaba en guerra. Se trató de la llamada Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití (MINUSTAH).

1. Una operación multidimensional nacida con fórceps

Empujado hacia la puerta de salida por una vigorosa y ecléctica oposición interna, la situación del presidente Aristide pendía de un hilo a principios de 2004: todo lo que se necesitaba para derrocarlo era el apoyo extranjero. Este vino primero de París. ¿Cuál era la razón principal? Francia estaba indignada por la campaña que marcaba los dos siglos de independencia de Haití. En efecto, Aristide difundió por todas partes carteles exigiendo que Francia devolviera a Haití la cantidad que había pagado para que se reconociera *de jure* su liberación².

Luego vino de Washington. Aunque reconocía la gravedad de la crisis humanitaria y la decepción causada por la gestión de Aristide, Colin Powell declaró a mediados de febrero ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos que no tenía la intención de enviar a los militares porque Aristide “era el líder democráticamente elegido, y que la

² Véase Esclavage et indemnités (<http://esclavage-indemnites.fr/public/>), una base de datos en línea sobre el tema y un proyecto de investigación dirigido por Thomas Piketty para estudiar las indemnizaciones, reparaciones y compensaciones por la esclavitud.

política de la administración no era buscar su derrocamiento”³. Estados Unidos fue incluso más allá al señalar que un golpe de Estado era inaceptable: “No aceptaremos ningún resultado que de alguna manera intente ilegalmente destituir al presidente electo de Haití”⁴.

En fin, era una posición similar a la del Grupo de Río. El 25 de febrero de 2004, en un comunicado sobre la situación de Haití emitido en portugués y español en Brasilia, el Grupo de Río apoyó los esfuerzos de la OEA y la CARICOM para “una solución pacífica”, así como la oferta de ayuda humanitaria de la ONU. Los países del Grupo de Río pidieron a las partes que apoyen el Plan de Acción Preliminar propuesto por la CARICOM y condenen los actos de violencia. Por último, el Grupo de Río expresó “su apoyo al presidente constitucionalmente elegido de Haití, Jean-Bertrand Aristide”⁵.

La prensa occidental, al demonizar a Aristide, desempeñó un papel fundamental en la campaña a favor de la intervención extranjera. Algunos periódicos se mostraron muy afanosos, como *L’Humanité*, portavoz del Partido Comunista Francés (PCF). En un incisivo editorial, Aristide fue descrito como un “tirano maldito, cruel, despótico, grotesco y siniestro”.

En el periódico de centro-izquierda *Le Monde*, se decía:

¿Cuándo aplicar el derecho de injerencia? ¿Cuándo será necesario desconocer la soberanía de un Estado, aunque esté en quiebra, para aliviar a la población? ¿A partir de qué nivel de sufrimiento la comunidad internacional debe decidir actuar? ¿Cómo puede ajustarse lo que debería ser la ‘ley’ del humanitarismo a un derecho internacional que, según la Carta de la ONU, se basa en el principio casi absoluto de la soberanía de los Estados?

El periodista admite que es difícil responder a todas estas preguntas, salvo en el caso de Haití, donde “debería imponerse la injerencia”. El apoyo del periódico al derrocamiento por la fuerza se justifica por un poder:

[...] totalmente desacreditado del presidente Jean-Bertrand Aristide. Ha sucumbido a un tropismo maligno que, generación tras generación, parece caracterizar el poder en Haití: una cruel deriva dictatorial unida a una marcada tendencia a la corrupción, todo ello sobre un fondo de absoluta incompetencia⁶.

Aunque es conocido por sus posiciones de izquierda, el altermundista *Le Monde Diplomatique* sigue el camino trazado por su hermano mayor, pero con menos clase y más fuerza. Aristide se convierte en un “cura, un antiguo sacerdote de los pobres, sólo interesado en el poder y el dinero. Al final, el único responsable de una historia degradante”⁷.

Animado por una rara unanimidad, el gobierno francés decidió el 24 de febrero acelerar el proceso de derrocamiento del presidente haitiano. En un discurso público, Jacques Chirac declaró que “Haití ha sido gobernado de forma desastrosa durante mucho tiempo”. Al día siguiente, Dominique de Villepin anunció oficialmente que Francia había decidido intervenir en Haití.

Alentada y convencida por la decisión francesa, la comunidad internacional se posicionó en contra de lo que había afirmado anteriormente. A partir de ese momento, el gobierno de

³ *BBC News*, 14/02/2004.

⁴ *Ibid.*

⁵ Grupo de Río, Documentos de la Secretaría Pro Tempore, Brasilia: FUNAG, 2005, p. 289.

⁶ Editorial de *Le Monde* titulado “La question d’Haiti”, París, 18 de febrero de 2004.

⁷ Véase Lemoine, Maurice, “Aristide: a queda na própria armadilha”, *Le Monde Diplomatique Brasil*, 1/9/2004.

Haití se convirtió en un usurpador, carente de legalidad; Aristide ha sido el responsable de la crisis. Villepin señala que él “tiene una gran responsabilidad en la situación actual. A él le corresponde extraer las consecuencias de acuerdo con la ley”. [sic]

Al ministro no parece molestarle la contradicción intrínseca de su discurso cuando afirma que la decisión francesa se ajusta estrictamente a los “principios democráticos y constitucionales”. Por lo tanto, el derrocamiento de Aristide es una acción legal indispensable para restaurar el Estado de Derecho en Haití. Al confundir derecho y poder, Villepin ofrece un triste espectáculo. Es difícil encontrar un mejor ejemplo de la mezcla de malabarismo semántico e hipocresía democrática.

Un día después de la declaración de Villepin y a petición de la CARICOM, el Consejo de Seguridad de la ONU se reunió para debatir la crisis de Haití. En nombre de la organización regional, el Ministro de Asuntos Exteriores de Jamaica, Keith Desmond Knight, hizo una declaración sorprendente:

Que el Consejo llame urgentemente la atención sobre el rápido deterioro de la situación en Haití. La situación ha alcanzado proporciones de crisis, dada la continua ruptura del orden público, el aumento de la insurgencia y las condiciones de pura anarquía y caos, así como el empeoramiento de la crisis humanitaria, que, a su vez, ha provocado el desplazamiento de la población, lo que ha dado lugar a un número cada vez mayor de refugiados que salen del país [...] *la situación imperante en el país ya no puede considerarse sólo una cuestión interna. La situación actual supone una grave amenaza para la paz y la seguridad regionales, dado el flujo de refugiados que amenaza con desbordar los recursos de los Estados de la región*⁸.

Por primera vez, la Comunidad del Caribe apoya la tesis norteamericana de que las crisis políticas haitianas dejan de ser un problema estrictamente interno y se convierten en una amenaza para la paz y la seguridad internacionales desde el momento en que provocan o corren el riesgo de provocar una afluencia de *boat people* (refugiados del mar).

El plan franco-estadounidense se inició la víspera y previó (a petición de la CARICOM) el desembarco de tropas en Haití. No en respuesta a una petición de Aristide, sino todo lo contrario. La acción estaba relacionada con la vacante de poder, ya que Aristide habría abandonado el país.

Con la salida de Aristide, a través de la Resolución 1529 del Consejo de Seguridad de la ONU (2004), llegó al país una Fuerza Multinacional Interina (FIM) compuesta por soldados de Estados Unidos, Francia, Canadá y Chile. El gobierno de este último mantuvo estrechas relaciones con la Internacional Socialista y abrió el camino a la participación, hasta entonces impensable, de Sudamérica en la futura MINUSTAH. Esta nueva perspectiva fue confirmada por el contenido de los debates en el Foro de São Paulo, donde una abrumadora mayoría de partidos y movimientos de izquierda latinoamericanos y caribeños se opusieron ferozmente al presidente Aristide.

Aparte de las críticas de Aristide en el exilio y de las reservas de Jamaica, la intervención fue unánimemente acogida. El éxito de la iniciativa fue tal que dejó dudas sobre su verdadera naturaleza. ¿Fue una intervención imperial clásica o, por el contrario, una operación humanitaria destinada a ayudar a un pueblo rehén del caos y a preservar la vida de un presidente elegido democráticamente?

Dejando a un lado el epílogo, la secuencia de los acontecimientos proporciona los argumentos para desentrañar la cuestión.

⁸ Naciones Unidas, Consejo de Seguridad, 4917ª reunión, 26 de febrero de 2004. La cursiva es del autor.

La intervención de Occidente en la crisis constitucional haitiana de 2004 representa:

[...] una mezcla de paternalismo, mesianismo e ingenuidad que le lleva a favorecer las ideas de intervención en toda su generosidad y cinismo, a creer que todo lo occidental es necesariamente bueno para el mundo... Como emblema principal, las ideas de libertad, democracia y Estado de Derecho⁹.

Orientado por Estados Unidos, Occidente practica un multilateralismo selectivo que permite a los Estados miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU) imponer *coalitions of the willing* (coaliciones ad hoc), lo que da la posibilidad “a los Estados del Club de liderar o monopolizar una intervención militar con mandato de la ONU o, en su defecto, autoconstituida y sacando su legitimidad de la unción democrática”¹⁰.

Sin embargo, hay que subrayar el realismo de la estrategia estadounidense. Así, Susan Rice, representante de Washington ante las Naciones Unidas, fue muy clara sobre el lugar que ocupan las Naciones Unidas en la política exterior de Washington: “Si las Naciones Unidas no existieran, tendríamos que inventarlas”.

Entre las funciones de la ONU de especial interés para Estados Unidos, Rice citó las relacionadas con las operaciones de mantenimiento de la paz:

Cada miembro del personal de paz de la ONU cuesta una fracción de lo que costaría enviar un soldado estadounidense para hacer el mismo trabajo. Entonces, ¿qué es mejor, que Estados Unidos asuma toda la carga, o que comparta la carga de las fuerzas de paz de la ONU y pague un poco más de una cuarta parte del coste? No sé tú, pero a mí me gustan los sitios donde me hacen un 75% de descuento¹¹.

2. Éxito relativo (2004-2009)

La percepción del CSNU de que un conflicto estrictamente político interno amenazaría la paz regional influirá de forma permanente e indeleble en la actuación de la comunidad internacional en Haití. Desde el momento en que se lanzan estas equívocas premisas, que se benefician del incuestionable poder y derecho de las resoluciones del CSNU, el complejo dilema haitiano se convierte en una simple cuestión de seguridad militar. El Capítulo VI (establecimiento de la paz mediante el arreglo pacífico de controversias) se deja de lado en favor de la imposición de la paz -incluso por la fuerza- en virtud del Capítulo VII de la Carta de la ONU.

Ante la precariedad de la Policía Nacional de Haití y la ineptitud de la UNPOL, se decidió utilizar el contingente militar para acciones represivas de carácter estrictamente policial. Sin embargo, el mando militar de la MINUSTAH, que es brasileño, se opuso al uso de tropas para no “crear heridas peores que las ya existentes”¹².

La reacción a la propuesta brasileña de no utilizar personal militar para fines distintos de

⁹ Seitenfus, Ricardo “Politischer Kannibalismus”, Der Spiegel, 3 de enero de 2011, p. 71.

¹⁰ Badie, Bertrand, *La Diplomatie de la connivence : les dérives oligarchiques du système international*, La Découverte, París, 2011, p. 140.

¹¹ Rice, Susan, *Facing 21st-Century Threats: Why America Needs the UN*, conferencia en el World Affairs Council of Oregon, Portland, 11 de febrero de 2011.

¹² El teniente capitán Carlos Chagas, mano derecha del Comandante en Jefe, en: *Mantendo a paz no Haiti?* Harvard Law Student Advocates for Human Rights, Cambridge y Centro de Justiça Global, Río de Janeiro y São Paulo, 2005, p. 46.

la guerra y el combate fue negativa, inmediata, generalizada y vigorosa. Si el objetivo no fue hacer la guerra, ¿por qué enviar militares a Haití? ¿Cuál sería el papel del Departamento de Operaciones de Paz (DPKO) en estas circunstancias? Por otra parte, los debates en el Consejo de Seguridad indicaron que Rusia y en menor medida China apoyaron la operación de paz en Haití, siempre que se respetasen los parámetros del Capítulo VII de la Carta. De lo contrario, Moscú amenazaba con utilizar su poder de veto.

El “tridente imperial” (EE.UU., Francia y Canadá) reforzó las reservas y críticas del DPKO a la *Doctrina 6 y 1/2*. En una declaración pública ante el Congreso Nacional de Brasil en diciembre de 2004, el general Ribeiro Pereira dijo que estaba “bajo gran presión para usar la violencia, para ser más firme en el uso de la fuerza, especialmente por parte de los países más interesados en la zona y cuya acción como fuerza de paz difiere de la nuestra”¹³.

En mayo de 2005, el embajador de Estados Unidos en Brasil, John Danilovich, presionó al gobierno. Incluso amenazó con enviar marines estadounidenses a Haití si no se tomaba ninguna iniciativa para controlar a las bandas que “ya no tienen miedo”. El “tridente imperial”, por su parte, condicionó cualquier inversión socioeconómica a la existencia previa de una improbable situación de seguridad absoluta.

Por último, la presión ejercida sobre la MINUSTAH no quedó sin efecto. El 6 de julio de 2005, a bordo de helicópteros y carros de combate Urutu, cientos de soldados invadieron Cité Soleil. Se efectuaron 22.000 disparos, y algunos habitantes hablaron incluso de disparos procedentes de helicópteros que sobrevolaban la barriada. Médicos sin Fronteras informa que el ataque dejó 50 muertos, entre ellos mujeres y niños, y más de un centenar de heridos¹⁴.

Tras la renovación del mandato de la MINUSTAH en 2008, continuó el debate sobre la naturaleza de la presencia de la ONU en Haití. A la luz de los progresos realizados en materia de seguridad, se recomendó suprimir el concepto de zona roja, adoptado para designar las regiones supuestamente en guerra. Pero los burócratas de la ONU reaccionaron con vehemencia ante esta sugerencia, que suponría un ahorro de costes y la eliminación de prestaciones adicionales como el seguro social y las vacaciones extra.

Al ser interrogado por un periodista de la época, yo mismo declaré que había una excesiva militarización de la MINUSTAH, agravada por la ausencia de una coherencia sistémica, centralizada y planificada:

El fallo tiene múltiples orígenes. Países donantes que prefieren concentrar los recursos en el mantenimiento de la seguridad. La historia de la ONU, que ve estos conflictos esencialmente desde un punto de vista militar. Por último, la debilidad de los países del Sur, que no pueden convencer a los países donantes de que la cuestión social es la raíz de los problemas de seguridad¹⁵.

Incapaces de pasar de una situación de uso de la fuerza, como prevé el Capítulo VII, a la construcción del desarrollo, las Naciones Unidas y el “tridente imperial” prefirieron mantener la paz de los cementerios en Haití.

Ante la calmada situación política y la aún tímida recuperación económica, el *Core Group* -grupo encargado de la coordinación internacional en Haití formado por representantes de Argentina,

¹³ *Folha de S. Paulo*, 3 de diciembre de 2004.

¹⁴ Sobre esta operación de guerra, véase el documental <https://itstayswithyou.com/>

¹⁵ “Falsa guerra rende salários mais altos”, Estado de São Paulo, 12 de octubre de 2008.

Brasil, Canadá, Chile, España, Estados Unidos, Francia, Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos y la Unión Europea- continuó, a finales de 2009, sus debates sobre la definición y los parámetros de un modelo para salir de la crisis. En otras palabras, las discusiones versaban sobre las modalidades, el calendario y las condiciones necesarias para poner fin a la presencia de la MINUSTAH en Haití. Se proponían entonces tres elementos: en primer lugar, aumentar la capacidad humana, técnica y material de la Policía Nacional de Haití; en segundo lugar, consolidar las instituciones del Estado a toda costa; y en tercer lugar, definir un *modus vivendi* entre Haití y la comunidad internacional mediante un plan de ayuda al desarrollo socioeconómico a largo plazo.

Si se cumplieran estas condiciones principales, sería posible definir un calendario para una retirada gradual cuando el sustituto del presidente René Préval tomase posesión. Sin embargo, el 12 de enero de 2010, un terrible terremoto destruyó cualquier posibilidad de poner en práctica lo planeado. La retirada de las tropas se pospuso indefinidamente. Comenzó entonces el descenso a los infiernos de la MINUSTAH.

3. La MINUSTAH se convierte en un desastre (2010-2017)

El año 2010 fue el *annus horribilis* de Haití, marcado por tres grandes acontecimientos: 1) el catastrófico terremoto que destruyó la mayor parte de las infraestructuras del país, matando a más de 220.000 personas; 2) la llegada sin precedentes del cólera traído por los soldados nepalíes al servicio de la MINUSTAH, que causó 50.000 muertos e infectó a 800.000 personas; y 3) una nueva crisis política originada por las maquinaciones internas y externas que rodearon las elecciones presidenciales de noviembre de 2010¹⁶.

La ayuda internacional de emergencia llegó masivamente a Haití. La comunidad internacional prometió 11.000 millones de dólares para la reconstrucción del país. Según los datos más optimistas, la mitad ha sido efectivamente desembolsada. Sin embargo, sólo el 2% de esta cantidad se canalizó a través de las instituciones estatales haitianas. Así, la ayuda fue a parar a las “ONGATs”¹⁷ y al sistema de la ONU. Como resultado, el Estado se debilitó aún más.

Al no confiar en la MINUSTAH, Washington envió 20.000 marines y ocupó puntos estratégicos. Ante la disciplina haitiana, los militares estadounidenses abandonaron el país unos meses después.

A mediados de octubre de 2010, el cólera apareció repentinamente en Haití por primera vez en su historia. Una investigación independiente pronto encontró el origen de la mortal epidemia: la base militar de la MINUSTAH dirigida por soldados nepalíes en Mirebalais. A pesar de las evidencias, la ONU negó su culpabilidad. Finalmente, en diciembre de 2016, cuando la admitió, limpió inmediatamente su nombre porque, según la organización, las operaciones de paz están protegidas por el principio de inmunidad. Así que eran ¡”culpables pero no responsables”!

Si las Naciones Unidas hubiesen reconocido rápidamente su culpa, unas simples medidas sanitarias podrían haber tenido un gran impacto y reducido el número de víctimas. Así, más que una negligencia culpable, la actitud de las Naciones Unidas puede compararse con un deseo expreso de causar la muerte¹⁸.

¹⁶ Al igual que la mayor parte de este texto, estos tres acontecimientos se describen y analizan detalladamente en mis dos libros mencionados anteriormente.

¹⁷ Concepto para definir a las Organizaciones No Gubernamentales de Alcance Transnacional. Antes del terremoto había unas cincuenta. Tras la catástrofe, la cifra aumentó a 10.000 según Hillary Clinton.

¹⁸ Véase la entrevista con Ban Ki-moon en la que dice que el escándalo del cólera ha hecho que “la Imagen de las Naciones Unidas en Haití quede destruida para siempre”, en <https://www.nytimes.com/2021/06/06/world/americas/cholera-haiti-ban-ki-moon-memoir.html>. Ciertamente, la suya también.

Es en el terreno político y electoral donde el poder de las Naciones Unidas en Haití se manifestó una vez más de manera inaceptable. Y esto en dos momentos precisos.

En primer lugar, cuando Edmond Mulet -representante del Secretario General de la ONU- presionó al presidente Préval para que dejara su cargo y se exiliara. Esta iniciativa se tomó el 28 de noviembre de 2010, el día de la primera vuelta de las elecciones presidenciales. ¡Sin mi intervención personal habríamos asistido a un *putsch* promovido por las Naciones Unidas!

Luego, cuando la ONU y la OEA apoyaron la iniciativa de Hillary Clinton de cambiar el resultado de la votación para dejar a Jude Celestin fuera de la segunda vuelta en beneficio de Michel Martelly. Como ocurre con demasiada frecuencia en otros lugares (Congo con Mobuto, Liberia con Charles Taylor y Camboya con Hun Sen, que lleva en el poder desde 1998), una operación de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas deja instalado un régimen autoritario y antidemocrático. Haití se suma a esta lista.

A la hora de hacer las maletas, el fracaso de la MINUSTAH es flagrante y la situación actual de Haití es tan o más difícil que la que existía en vísperas de su intervención. Las enormes sumas gastadas por la MINUSTAH deberían haber dado otros resultados.

Sólo en su implementación, la MINUSTAH ha gastado 50 veces más que la suma de todas las demás misiones en Haití. Si este dinero y las promesas incumplidas de ayuda por parte de la comunidad internacional se hubieran utilizado para el desarrollo social y económico, el país de Dessalines estaría sin duda en una situación diferente a la actual. Recordemos que actualmente 4.5 millones de haitianos sufren inseguridad alimentaria.

De hecho, el pueblo haitiano no se equivoca. Una encuesta de 2013 mostró que solo el 10,9% de la población haitiana confiaba y respetaba a la MINUSTAH¹⁹.

Podemos suscribir la conclusión del prefacio del profesor Robert Fatton Jr. a la edición inglesa de mi libro:

La comunidad internacional ha fracasado en Haití. Las potencias extranjeras no sólo malinterpretaron el país y lo presentaron como más violento de lo que realmente era, sino que sus políticas debilitaron un Estado ya débil y privilegiaron a las ONG extranjeras que no estaban preparadas para tratar los problemas de Haití. En otras palabras, la ayuda extranjera ignoró las preferencias y los conocimientos de los haitianos, e impuso sus propias ideas preconcebidas sobre lo que el país necesitaba. El resultado es la transformación de Haití en un protectorado de facto disfuncional bajo la tutela de las Naciones Unidas.

Traducción ALAI

Ricardo Seitenfus fue Representante Especial del Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA) en Haití (2009-2011) y Nicaragua (2011-2013). Es autor, entre otros libros, de *The United Nations and Cholera in Haiti: Guilty but Not Responsible?* y *The Failure of International Aid to Haiti: Dilemmas and Misguidance*, ambos publicados por C3 Éditions en Puerto Príncipe, disponibles también en inglés, español y portugués.

¹⁹ Encuesta realizada por la empresa Newlik de Miami, *Le Nouvelliste*, 12 de julio de 2013.

El noreste del Haití contemporáneo: un invento del modelo de acumulación

Georges Eddy Lucien



El noreste contemporáneo de Haití es presentado desde una mirada positiva. Su futuro, lejos de basarse en la conciencia de un trozo de territorio mutilado y arrasado durante más de tres siglos, se inspira en las recetas del mercado y el libre comercio. Con sus “industrias de la aguja”, sus oportunidades para los inversores nacionales y sobre todo extranjeros, sus parques industriales (Caracol y CODEVI) y su agricultura deslocalizada (AGRITANS, Grand

Marnier), el noreste es el símbolo de una nueva dinámica industrial, de una nueva lógica capitalista.

La prensa nacional se ha convertido en la defensora de este nuevo paraíso. Haití estaría en vías de un desarrollo visto como sinónimo de crecimiento, empleo y riqueza. Los defensores de este nuevo orden organizan la región bajo el modelo *Open for business* (abierto a los negocios). Se describe el noreste en términos halagüeños pero engañosos para ocultar mejor lo que realmente está en juego allí.

Este artículo apunta a revelar lo que hay detrás de esta visión idílica. Para ello, es necesario echar una mirada lúcida a lo que se esconde detrás de algunas palabras engañosas (desarrollo, modernización, crecimiento, PIB, PNB, riqueza, empleo, etc.), para captar en toda su complejidad lo que está sucediendo, en lugar de ceder a los cantos de sirena del progreso “ineludible” de este noreste *Open for business*. Así, nuestro objetivo es mostrar cómo las leyes generales de la economía capitalista modelan los territorios.

Dos momentos estructuran este artículo. El primero arroja luz sobre las ventajas del noreste como espacio útil para la acumulación. El segundo se centra en las recientes acciones de ordenamiento para hacer más atractiva al capital esta región, poniendo de relieve sus implicaciones.

1.1 Una situación geográfica favorable a la inversión

El noreste goza de una situación favorable en relación con la frontera. Su posición es realmente ventajosa para los intercambios económicos internacionales y nacionales. Está dotado de una infraestructura de carreteras que sirve de enlace entre Cabo Haitiano y la capital Puerto Príncipe, así como con la cercana República Dominicana. Además, está comunicado por vía marítima con los principales centros económicos mundiales. Otra ventaja es el puerto de Cabo Haitiano (y el de Fuerte Libertad) que le conecta con los puertos cercanos del sur de Estados Unidos y la República Dominicana. El noreste se considera una zona útil para los inversores que quieran impulsar la aglomeración transfronteriza de las poblaciones para aprovechar sus ventajas comparativas. De hecho, goza de una ubicación mucho más favorable que las industrias manufactureras de Puerto Príncipe, cuyo suministro eléctrico es incierto y costoso, y cuyo puerto, utilizado por la industria de la confección, es el más caro de la región.

En cambio el noreste tiene fácil acceso a Puerto Plata y otros puertos de la región, como también la oportunidad de beneficiarse de la colaboración transfronteriza, especialmente en la fabricación de prendas de vestir. Además, el acuerdo marco entre el gobierno haitiano, el gobierno estadounidense, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la empresa surcoreana SAE-A para el establecimiento del Parque Industrial Caracol, incluyó el compromiso de las autoridades norteamericanas de emprender “la mejora de una infraestructura portuaria suficiente y segura en el corredor norte”¹.

1.2 Una situación geográfica favorable para la agricultura

El noreste tiene otras características atractivas, sobre todo geográficas, que son favorables a la agricultura. La llanura norte es predominantemente agrícola y rural. Fue la “perla” de las Indias Occidentales durante el periodo colonial, y más tarde sede de compañías

¹ Étude des impacts environnementaux et sociaux (EIES) du parc industriel dans la région du Nord d’Haïti, ministère de l’Économie et des Finances de la République d’Haïti, Koios Associates LLC, 21 junio 2011, p. 14.

americanas durante la primera ocupación de los Estados Unidos. Es más conocida “por sus plantaciones de sisal y sus pastos cultivados por las grandes empresas estadounidenses. Estos simplemente se cerraron debido a la competencia de los productos sintéticos como el nylon. En la actualidad, la mayor parte de la llanura es propiedad del Estado haitiano y está subexplotada”².

La agricultura del noreste se beneficia de una superficie agrícola más o menos grande y de una situación geográfica y climática favorable. Su equilibrado relieve y los húmedos vientos alisios (predominantemente del sureste) definen su paisaje.

El noreste se asienta en un territorio con una variedad de condiciones físicas que favorecen una agricultura rica y diversa.

1.3 Una población joven, disponible y fácil de explotar

Otro elemento no menor que hace más atractivo al noreste es la estructura de su población por edad y sexo. Las principales aglomeraciones humanas han experimentado aquí distintos grados de crecimiento en la última década. La tasa de crecimiento poblacional en Caracol, Trou-du-Nord y Limonade es superior al 2%, mayor que la media de Haití. La población de estos municipios es muy joven, hecho que refuerza su atractivo para las fábricas cuyos equipamientos requieren principalmente de fuerza muscular.

Además, la población suele ser mayoritariamente femenina. Esta estructura poblacional es un activo importante para el funcionamiento de instalaciones de confección y ensamblaje que suelen requerir de trabajadoras mujeres.

2. El noreste: fabricación a medida bajo la lógica de la acumulación

A raíz de la gran crisis económica y financiera de los años '80, Haití (al igual que otros países en desarrollo) se vio obligado a emprender amplios programas de reforma de la política económica, agrícola y agroalimentaria, caracterizados en particular por la desvinculación del Estado³ de ciertas funciones de producción, gestión y distribución; por la liberalización de los mercados agrícolas; y por la privatización de ciertos servicios a los agricultores, todo esto en un intento de invertir las tendencias predominantes.

2.1 La liberación de la fuerza de trabajo: una necesidad en la lógica de la acumulación

En 1986-1987, cuando se inició la aplicación de las políticas neoliberales en Haití, el empleo agrícola daba cuenta del 60% de la población económicamente activa, frente al 50,6% en el año 2000. Es decir que se produjo un aumento del 9,4% en el número de campesinos desempleados durante este periodo, lo que corresponde a 261.200 trabajadores⁴. Hoy en día, sin duda, son muchos más. Esto se tradujo y se traduce en la pérdida de ingresos para el agricultor. Al mismo tiempo, la descapitalización de la población rural y

² <http://www.pecocane.org/le-nord-est.html>.

³ Ya no se trata de si hay **más o menos** Estado, sino de que haya un Estado con nuevas funciones: garantizar un buen “clima empresarial”, intervenir en apoyo del capital durante las crisis y asumir y llevar a cabo la adaptación del mercado laboral a las necesidades del capital. Al mismo tiempo, las funciones, actividades y mecanismos represivos del Estado han aumentado considerablemente en los últimos treinta años.

⁴ Estos cálculos se basan en el tamaño de la población económicamente activa de Haití en 1988, estimada por la OIT en 2.3 millones de trabajadores.

de los trabajadores despedidos como consecuencia de las medidas neoliberales conduce a su reconversión, principalmente en vendedores de productos importados, o a su asentamiento en barrios urbanos precarios. Una vez involucrados en la migración regional (a veces estacional) por su trabajo, estos trabajadores se convierten en candidatos potenciales para la emigración internacional.

En este contexto, la economía haitiana ya no es sólo un mercado de consumo para los productos de la agricultura y la industria estadounidenses. También se vuelve una reserva de mano de obra barata para las fábricas tercerizadas. La industria local se vuelve así incompatible con las innovaciones tecnológicas que conllevan a la contracción de las demandas y las necesidades. La eliminación de las fábricas locales (La Citadelle, Darbonne, HASCO, Ciment d'Haïti, etc) se convierte en una necesidad para el progreso de las fuerzas productivas transnacionales, lo que se acentúa por el irresistible avance de la modernización de los equipos y bienes de consumo estadounidenses. Por tanto, se produce un cambio importante en el destino de las inversiones y en la distribución de los presupuestos. Los capitales destinados al funcionamiento del sistema productivo haitiano (infraestructuras, energía, etc.) disminuyen, mientras que la proporción de la inversión en la industria manufacturera y la agricultura deslocalizada aumenta.

Al mismo tiempo, las instituciones internacionales destruyen las barreras aduaneras de Haití, volviendo vulnerables a las fábricas nacionales existentes. En estas condiciones, el inversor extranjero acapara el mercado nacional haitiano, haciendo suyos sectores clave de la industria local. Cuenta para esto con la capacidad de extorsión que le facilitan las agencias internacionales y con la ayuda entusiasta de los gobiernos haitianos, los economistas al uso, los consultores de investigación y los intermediarios internacionales. Todos estos actores están dispuestos a demostrar que la invasión de capital “manufacturero” extranjero es beneficiosa para el noreste de un Haití *open for business*.

El campesino del noreste, al igual que su territorio, se descapitaliza. Se vuelve mano de obra disponible, dispuesta a vender su fuerza de trabajo al primer postor. Tiene cada vez menos capacidad para producir y vender sus propios productos. Se convierte en el último eslabón de la cadena: a veces es un minorista, a veces un consumidor. Territorios prósperos declinan abruptamente y aparecen como lugares fantasmales. Es el caso de las localidades de Dérac, Phaéton y Welsh. Destinados a la producción de azúcar y sisal y, en menor medida a la producción de productos básicos como las legumbres, estas porciones de territorio se ven tocadas por el hambre.

Las medidas neoliberales crean una superpoblación relativa en el noreste, expropiando a los habitantes para favorecer el establecimiento de parques como el de Caracol, así como las iniciativas de agricultura deslocalizada. También pretenden cerrar las instalaciones de producción local en favor del flujo de importación de los productos extranjeros.

En estas circunstancias, el noreste está llamado a reorganizarse según la lógica y las nuevas necesidades de sus promotores, quienes se esfuerzan por construir algunas instalaciones y obras sociales en la zona.

2.2 Una recomposición bajo la lógica de la acumulación

Se está construyendo en la actualidad toda una serie de infraestructuras para impulsar el comercio. La Unión Europea está rehabilitando la carretera de 75 km que une Ouanimthe con Cabo Haitiano, en el marco del programa del 9º FED “Desarrollo económico del corredor norte de la isla de La Española”. Esta reconstrucción reduce el tiempo de

viaje, que hasta 2006 duraba más de cuatro horas, y que ahora demanda cerca de 1 hora y 35 minutos. Esto hace posible viajar cuando se producen lluvias intensas y estimula el comercio entre la República Dominicana y Haití, más concretamente entre el noreste haitiano y el noroeste dominicano.

También están previstas otras infraestructuras importantes, como la construcción de un nuevo aeropuerto internacional y un nuevo puerto comercial al este de Cabo Haitiano; junto a la construcción de un puerto privado y un parque industrial contiguo a la bahía de Fuerte Libertad. Los Estados Unidos y la Unión Europea son quienes están financiando todos estos proyectos para “abrir” el noreste. Para ellos, se trata de una zona útil que, al igual que la República Dominicana, es propicia para la producción y la absorción de los excedentes de capital de las empresas europeas y estadounidenses. Así, el noreste es simplemente visto como una extensión de la República Dominicana, como un territorio cuya función principal es acoger instalaciones que suministran a los grandes almacenes estadounidenses ropa de bajo costo, así como una agricultura empresarial que produce principalmente para la exportación hacia los países europeos (como las iniciativas de Agritrans y Le Grand Marnier). El noreste se convierte también en el corredor por el que circulan los productos fabricados en los territorios vecinos.

Además, hay numerosas localidades en la carretera entre Cabo Haitiano y Ouanaminthe con poblaciones superiores a las 250.000 personas. Por lo tanto la región tiene la capacidad suficiente para acoger a los eventuales nuevos obreros. Sin embargo, la construcción de algunas miles de viviendas por parte del gobierno norteamericano en colaboración con la ONG “Food for the Poor” no puede evitar el peligro de generar barrios marginales, no sólo en Caracol, sino también en las ciudades vecinas, debido a la cercanía del parque industrial.

Adicionalmente, a finales de febrero de 2010, la región norte recibió “algunas afluencias de personas procedentes de las zonas más afectadas por el terremoto: unas 14.000 en el departamento Norte y 9.000 en Fuerte Libertad⁵”. Estos recién llegados son reservas *latentes y excedentes de mano de obra*, que permiten a Agritrans, CODEVI o el Parque Caracol asegurar su control del proceso laboral y de los niveles salariales. Es con esta perspectiva que apoyan enérgicamente los procesos fundamentales de la reproducción social (escuelas primarias y de formación profesional financiadas por la empresa coreana de ropa SAE-A, así como barrios construidos por la USAID y Food For the Poor) que se adaptan a la producción y conservación de una determinada cantidad y calidad de mano de obra en el noreste.

El establecimiento de CODEVI, el parque Caracol y Agritrans en el noreste es totalmente oportuno. Para la población rural despojada y golpeada por la apertura del mercado y por el abandono del Estado en el ámbito agrícola, se trata de una ocasión que no pueden rechazar.

Además, el noreste cuenta con todas las ventajas (vastas llanuras de propiedad estatal, instalaciones portuarias, mano de obra abundante y barata, etc.) para atraer a la inversión extranjera. Sus múltiples ventajas hacen que sea un terreno especialmente atractivo para invertir en la industria de la confección o en la agricultura empresarial.

Así, la decisión de instalar el parque industrial de Caracol, la zona franca de Ouanaminthe o la elección de la agricultura empresarial, parece ser ajena a la zona rural del noreste

⁵ Étude des impacts environnementaux..., op. cit., p. 47.

de Haití y a su población. Está surgiendo un nuevo modo de producción: asistimos poco a poco al paso de la agricultura familiar a la agricultura empresarial o deslocalizada, de la agricultura de subsistencia a las actividades manufactureras. Al mismo tiempo, los agricultores se convierten en trabajadores agrícolas estacionales o en obreros de la industria. El noreste se está remodelando.

Así, detrás del discurso paradisíaco del noreste *open for business*, se revela una realidad en carne viva: la descapitalización de Haití, la desposesión de los campesinos del noreste, la muerte de la pequeña propiedad en favor de la gran propiedad, la migración localizada y regional, etc. En estas condiciones, el noreste se ha convertido en un territorio de oportunidades para el establecimiento de equipos de producción manufacturera o de agricultura deslocalizada. Tiene, en su haber, uno de los elementos susceptibles de minimizar los costos de producción de las grandes empresas: una población muy joven y sin trabajo, que se puede emplear y explotar a voluntad.

El supremo mal de la globalización liberal y neoliberal está afectando al noreste hasta en sus raíces, así como lo hizo con el resto del país, con otros países del sur o incluso con algunas regiones del norte global. Sus contradicciones no son novedosas. Comenzaron con el capitalismo comercial y esclavista, siguieron con el capitalismo industrial, y continúan hoy en la era de la globalización.

Traducción ALAI

Georges Eddy Lucien es Doctor en Historia por la Universidad de Toulouse-2. Se desempeña como Profesor de Historia y Geografía Urbana en la Universidad del Estado de Haití (UEH) y dirige el Laboratorio Dinámico de Mundos Americanos (LADMA) en dicha casa de estudios. Es docente y director del Centro de Investigación y Apoyo a las Políticas Urbanas de la Universidad Quisqueya de Haití. Es autor de varios libros, entre ellos *El pequeño Haití: tan lejos de Dios y tan cerca del centro de Miami* (2015) y *El noreste de Haití, la perla de un mundo infinito: entre la ilusión y la realidad* (2018).

El movimiento feminista haitiano ante la agresión internacional

Sabine Lamour



Esta reflexión pretende mostrar la manera en que las agresiones internacionales sufridas por Haití fueron las que estructuraron al movimiento feminista haitiano, llevando a las feministas de este país a posicionarse por la soberanía del territorio nacional. El presente artículo analiza las respuestas del movimiento a los actos de animosidad internos y externos, revisitando la larga historia de lucha de las mujeres haitianas.

En el país, según la narrativa consensuada, el movimiento feminista haitiano comenzó con la primera ocupación de los marines norteamericanos en Haití (1915-1934). Sin embargo, desde 1804 se han documentado numerosos actos, sobre todo de mujeres, emparentados o asimilables con acciones feministas, como las luchas por la libertad de circulación de las mujeres y el derecho a la ciudad de las mismas. Más tarde, en la época de la ocupación, los marines utilizaron la violación de las mujeres como parte del dispositivo de sometimiento del territorio haitiano. Según Grace Sanders (2013)¹, la violación fue uno de los instrumentos de la ocupación de 1915. Al hablar de este periodo, Sandra Duvivier (2008)² sostiene que las agresiones a mujeres y hombres jóvenes formaban parte de un marco político y económico global que implicaba la devaluación racial, económica, política y sexual de los cuerpos negros del Tercer Mundo. Roger Gaillard (1983)³ señala también que los marines solían realizar registros en los mercados contra los campesinos rebeldes, los llamados “Cacos”, molestando y robando a las vendedoras y a los agricultores que acudían a vender sus productos. Ante estas situaciones, las mujeres burguesas, en particular las que formaban parte de la Unión Patriótica⁴, se aliaron con las campesinas y pusieron en marcha estrategias para luchar contra las violaciones y el acoso sexual de los marinos. Estas mujeres organizaron sentadas, colectas de fondos y procesiones. También recogieron información para documentar los abusos de los marines en Haití.

Tres mujeres se destacaron por su dedicación durante estas actividades: Thérèse Hudicourt, Alice Garoute y Eugène Malebranche Sylvain. Este movimiento dará sus frutos y marcará, hacia 1934, la sentencia de muerte de la ocupación del país, ya que el gobierno estadounidense decidió enviar una comisión a Haití en 1930 para investigar los crímenes cometidos por los marines. De estas acciones iniciadas por las pioneras, las feministas haitianas mantendrían la lucha por el derecho a la autodeterminación y la soberanía política como un pilar reivindicativo que fomentaría la sistematización de una conciencia feminista y que llevaría a la institucionalización del movimiento.

Tras este periodo, las hijas de las mujeres que habían iniciado este movimiento contestatario fundaron la primera organización feminista del país: la Liga Femenina de Acción Social (LFSA). A partir de los años 30, sus integrantes lucharon por el acceso a la educación de las niñas, especialmente la de las más pobres. Según Madeleine Sylvain Bouchereau (1957)⁵, una de sus fundadoras, la organización impartía clases nocturnas para las mujeres trabajadoras, en la capital y en las otras ciudades donde tenía presencia. Estas acciones condujeron a la creación de una escuela secundaria para niñas en 1943, lo que facilitaría su acceso a la universidad.

La LFSA trabajó para mejorar el estatus jurídico de las mujeres. Bajo su impulso, el decreto-ley del 11 de enero de 1944 autorizó a las mujeres casadas a utilizar, como quisieran,

¹ Grace Sanders, 2013. *La Voix des Femmes: Haitian Women's Rights, National Politics, and Black Activism in Port-au-Prince and Montréal, 1934-1986*.

² Sandra Duvivier, 2008. «My body is my piece of land, Female Sexuality, Family and Capital». *Callaloo*, vol.31, n° 4, 2008, p.1104-1121.

³ Roger Gaillard 1983. *Les Blancs débarquent 1919-1934. La guérilla de Batraville*, Presses de l'Imprimerie le Natal, Port-au-Prince.

⁴ Creada tras la convocatoria de Georges Sylvain en agosto de 1915, la Unión Patriótica tuvo como objetivo luchar contra la ocupación norteamericana de Haití de 1915, y por la recuperación de la soberanía nacional.

⁵ Madeleine Sylvain Bouchereau, 1957. *Haiti et ses femmes. Une étude d'évolution culturelle*. Port-au-Prince : Imprimerie Fardin.

los salarios y ganancias derivadas de su trabajo, eliminando el derecho de los maridos a controlar los ingresos de sus esposas. Una de las enmiendas a la Constitución de 1935 había autorizado a las mujeres a ocupar cargos civiles y políticos. Las luchas de la Liga también condujeron a la licencia de maternidad remunerada, que pasaba a cubrir las tres semanas anteriores y las tres posteriores al parto.

Desde su creación en 1934 hasta la década de 1950, la LFSA también hizo campaña por el acceso de las mujeres al voto. Aunque tuvieron éxito, la dictadura de los Duvalier (1957-1986) les impidió disfrutar de sus derechos electorales. De hecho, cuando François Duvalier llegó al poder en 1957, silenció al movimiento. Todos los otros sectores de la vida nacional también se vieron afectados por sus actos de represión: la Iglesia, los sindicatos, los partidos políticos, las organizaciones sociales, estudiantiles y de mujeres, etc.

Manifestando su preocupación por el ascenso del comunismo en los países latinoamericanos, Estados Unidos contribuyó extensamente a la consolidación de la dictadura en Haití. Los gobiernos norteamericanos, a pesar del distanciamiento de Kennedy, habían hecho la vista gorda ante los abusos del régimen de Duvalier. Además de Estados Unidos, el duvalierismo se había beneficiado ampliamente del apoyo del bloque occidental al tener acceso a dinero y armas (Arthus, 2012)⁶ para mantener a raya a la población haitiana con el apoyo de sus milicias.

Las activistas de la Liga pagaron un alto precio por luchar contra el fascismo en Haití. Algunas fueron encarceladas, torturadas, violadas, golpeadas, exiliadas o ejecutadas. Entre las mujeres y feministas víctimas de la dictadura, podemos mencionar a: Yvonne Hakim Rimpel, Laurette Badette, Marie Thérèse Féval y Yannick Rigaud. Estos actos de represión provocaron la desestructuración de las organizaciones feministas. Éstas se vieron obligadas a pasar a la clandestinidad o se redujeron a la realización de labores filantrópicas. Además, las mujeres que no reconocían el proyecto de Duvalier, incluidas las feministas, eran consideradas por el régimen como apátridas (Lamour, 2016)⁷.

Desde el período de las precursoras, el movimiento mantuvo las luchas por el acceso a los derechos civiles y políticos de las mujeres. Esta cuestión se retomó en 1986, tras la caída de la dictadura, y estuvo en el centro de las acciones que volvieron a facilitar la sistematización de la institucionalización del movimiento. De hecho, en la efervescencia política posterior a la caída del régimen, las feministas volvieron a renovar el espacio político lanzando la manifestación del 3 de abril de 1986. Desde entonces, las feministas han seguido luchando para transformar la condición de las mujeres. Posteriormente surgieron varias organizaciones feministas como SOFA, Kay Fanm, Fanm Deside, CPFO, AFASDA. A raíz de esto, el movimiento se estableció como una fuerza movilizadora de demandas populares generales y de demandas específicas de las mujeres.

En 1996, bajo el impulso de las feministas, el Parlamento reconoció el 3 de abril como el día nacional del movimiento feminista haitiano. En ese contexto, las mujeres dirigieron programas para luchar contra las violencias, para defender sus derechos a la participación política, por su autonomía económica y por políticas de salud sexual y reproductiva. Iniciados por las feministas de la generación posterior a 1986, estos movimientos reclamaban una

⁶ Wein Webert Arthus, 2012. *Les relations internationales d'Haiti de 1957 à 1971*. Bulletin de l'Institut Pierre Renouvin, 2012/1 N° 35, pp. 157 a 167.

⁷ Sabine Lamour, 2016. "Les Fiyèt-Lalo (Fillettes-Lalo) : Un impensé de la mémoire de la dictature duvaliériste". *Haiti. De la dictature à la démocratie?* Bérard Cénatus, Stéphane Douailler, Michèle Duvivier Pierre-Louis et Étienne Tassin.

ruptura con la impunidad y la injusticia que asolaban a la sociedad, especialmente durante las décadas de 1990 y el 2000. En efecto, durante este periodo los militares utilizaron la violación como arma de terror y represión política contra las mujeres, en particular las de los barrios populares, que exigían el respeto de las elecciones del 6 de diciembre de 1990 en las que fue elegido presidente Jean-Bertrand Aristide.

Este periodo fue fundamental en el establecimiento de las conquistas feministas. El 8 de noviembre de 1994, bajo el impulso del SOFA, surgió el Ministerio de la Condición Femenina y Derechos de la Mujer, como lugar de concreción de las demandas de las feministas⁸. Este periodo marcó la entrada de las feministas en la escena pública y en la toma de decisiones políticas, las que ya habían liderado una lucha por el reconocimiento de la contribución de las mujeres en todos los niveles de la vida nacional. Para coronar este proceso, la estatua de Catherine Flon, una heroína de la independencia de Haití en 1804, se colocaría en Campo de Marte, la principal plaza del país.

Pero este fue un periodo difícil para la población haitiana, especialmente para las mujeres, considerando el golpe de Estado de 1991, la aplicación de políticas de ajuste estructural, la imposición de un embargo y el regreso del ejército estadounidense a Haití para custodiar el retorno de Aristide. Aunque consiguieron importantes logros políticos, las mujeres pagaron un alto precio por el regreso al orden constitucional. Sin embargo, este periodo fue políticamente rico para las feministas haitianas, ya que reinventaron su repertorio de acción política. Prueba de ello es la celebración del simbólico tribunal de mujeres bajo el impulso de Kay Fanm en 1997, que anunció la creación de estructuras de acogida y alojamiento para mujeres y niñas violentadas.

Durante la crisis política de 2004, las organizaciones de mujeres fueron de las primeras en denunciar los excesos del gobierno de Aristide. Pero tras el derrocamiento del ex presidente, los secuestros y las agresiones contra las mujeres han agravado el panorama urbano. Con el pretexto de mantener la paz, las Naciones Unidas enviaron la llamada Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización y la Paz en Haití (MINUSTAH), que quedó bajo el mando militar de Brasil. Las feministas la consideraron una fuerza de ocupación y aprovecharon para crear dos estructuras que congregaron a las organizaciones feministas y de mujeres: la Coordinación Nacional de Defensa de los Derechos de la Mujer (CONAP) y la Concertación Nacional. En el seno de estas dos estructuras lideraron una década de lucha legislativa que abarcó: la penalización de la violación, la legislación sobre el trabajo doméstico, la unión consensual y la paternidad responsable, así como el cambio de nombre de diferentes calles, conmemorando diferentes figuras femeninas en todo el país.

Entre 2004 y 2018, un gran número de soldados de la ONU violaron a mujeres y hombres jóvenes, abandonaron a sus hijos nacidos en Haití y fomentaron la prostitución, al tiempo que llevaron al país una epidemia de cólera. Las feministas han reclamado que se procese a la MINUSTAH tanto por las violaciones cometidas como por la introducción del cólera. Además, en 2006, el feminicidio vinculado a la violencia de las bandas armadas emergió en el panorama político haitiano, como lo atestigua el secuestro y asesinato de Natacha Kerby Dessources.

El terremoto del 12 de enero de 2010 no estuvo exento de repercusiones para el feminismo haitiano. Tres de sus más notorias lideresas perdieron la vida durante este desastre. Mientras, los actores de la cooperación internacional aprovecharon este momento de pánico

⁸ Entrevista realizada a Lise Marie Déjean, Ministra de la Condición Femenina (1994-1995), Mayo de 2021.

para reforzar su control sobre el país. A través de la Comisión Interina para la Reconstrucción de Haití (CIRH) monopolizaron las actividades de reconstrucción en la capital Puerto Príncipe. Este control fue denunciado por las organizaciones feministas, que fueron excluidas del proceso. En este contexto, las elecciones llevaron al poder al partido PHTK, con el apoyo de la comunidad internacional.

Las organizaciones internacionales han invertido en el Ministerio de la Mujer transformando esta entidad en un espacio meramente técnico para la ejecución de proyectos. Esta orientación liberal se impuso a expensas de las luchas por la despatriarcalización de la sociedad, en beneficio de un enfoque que muestra cómo las fuerzas internacionales se alían con el poder local para borrar la memoria de las luchas feministas, instrumentalizando los espacios conquistados por el movimiento. Pero este momento histórico ha favorecido la definición de dos políticas clave en la lucha de las mujeres dentro de los espacios de decisión: la política de igualdad de género entre hombres y mujeres y el plan nacional para combatir la violencia contra las mujeres y las niñas. Sin embargo, a pesar de estos logros, este periodo ha dejado al movimiento bastante debilitado, en razón de una escandalosa “oenegización” de los espacios habitualmente ocupados por las feministas.

Entre 2011 y 2015, durante el primer mandato del PHTK, la comunidad internacional mantuvo su apoyo al gobierno, a pesar de los excesos del presidente Michel Martelly. Es en este marco que el llamado Grupo Central -compuesto por representantes de la ONU, la OEA, Estados Unidos, Brasil y varias embajadas europeas- se impuso en el escenario político, tendiendo a ocupar los espacios de mediación entre los ciudadanos haitianos y sus dirigentes. Esta situación es denunciada por varias organizaciones feministas entre las que se encuentran SOFA, Kay Fanm y Fanm Decide, que desde la crisis de julio de 2018 exigen a estos actores internacionales que cedan el espacio de discusión a los actores nacionales, incluidos los líderes y lideresas locales. Estos reclamos son tanto más importantes si consideramos que, en la crisis en curso, la violación es utilizada como un dispositivo de terror que sirve para bloquear las reivindicaciones de la ciudadanía. Afirmamos que las instituciones internacionales apoyan a un gobierno que se niega a poner freno a las violaciones cometidas por bandas armadas apoyadas abiertamente por ciertos dignatarios del régimen, mientras, contradictoriamente, financian programas para hacer frente a la violencia contra las mujeres. En la actualidad, el movimiento de mujeres se enfrenta a un periodo de reflujos políticos, tras los logros conseguidos durante las décadas del 90 y los años 2000. Sus luchas políticas se ven vaciadas con el accionar de la cooperación internacional. Sin embargo, durante este mismo periodo, SOFA organizó el simbólico Parlamento de las Mujeres para mostrar a las mujeres la importancia de su protagonismo en los espacios de decisión.

Desde 2018, para contrarrestar los excesos del gobierno, las feministas se unieron a otras organizaciones para crear espacios de reflexión sobre las dificultades que atraviesa el país. Al mismo tiempo, entre 2019 y 2020, con el fin de establecer un régimen dictatorial, el gobierno propuso un proyecto de reforma constitucional en el que promete a las feministas haitianas la paridad en la toma de decisiones. El gobierno pretende utilizar este cebo para arrastrar a las organizaciones feministas a su proyecto. Estas promesas han creado disensiones dentro del movimiento, provocando formas de hostilidad horizontal entre las mujeres, mientras el país se hunde en una espiral de violencia.

En el transcurso de estas luchas, se han destacado varias figuras femeninas. Algunas denunciaron la impunidad, la corrupción y el despilfarro de los fondos de Petrocaribe por parte del Estado haitiano, señalando con el dedo a varios funcionarios, incluido el actual

presidente de facto de la República. Estos reagrupamientos políticos han facilitado el nacimiento de varias entidades, entre ellas: el Consenso Alternativo, el Portal, *Mache Kontre*, la CASC, el Foro Patriótico, *Nou pap Dòmi*, etc. En este panorama, la corrupción que atraviesa a diversos grupos políticos -de la que no están exentos los feminismos- constituye uno de los puntos pilares, cuya resolución puede tener un impacto notable en el futuro del feminismo en Haití.

A esta altura, podemos concluir que las luchas feministas en Haití son multidimensionales, destacando tanto los diferentes momentos de la lucha de las mujeres, así como los efectos de la agresión internacional en cada uno de esos periodos. A lo largo de cada uno de ellos, la lucha feminista se desarrolla en varios terrenos y en la intersección de las relaciones de poder externas e internas. A lo largo de estas páginas pudimos ver el impacto que el resurgimiento del feminismo haitiano en 1986, los efectos de las políticas económicas neoliberales, y la monopolización del proceso de reconstrucción de Haití por parte de la cooperación externa, tuvieron sobre las mujeres, en particular tras el terremoto de 2010. Esto también revela las dinámicas paradójicas utilizadas por las instituciones internacionales que creen estar apoyando los derechos de las mujeres, pero que al mismo tiempo realizan acciones que debilitan a sus organizaciones y a otras iniciativas ciudadanas, mediante la instrumentalización de ciertos ideales feministas. En efecto, a través del feminismo liberal y de la promoción de un feminismo desarrollista, estos actores externos instrumentalizan la cuestión de las relaciones sexo-genéricas para asegurar su hegemonía en Haití. Con sus acciones, socavan la dinámica combativa del movimiento y sus íntimos vínculos con las luchas populares por la emancipación en Haití desde 1915.

Traducción ALAI

Sabine Lamour es Doctora en Sociología por la Universidad París 8. Trabaja desde el año 2005 en organizaciones de mujeres como consultora independiente en áreas rurales y urbanas. Ha sido profesora en la Universidad Estatal de Haití (UEH) desde 2012. Activista feminista, coordina la organización feminista Solidarité des femmes haïtiennes (SOFA). Fue una de las co-coordinadoras del libro *Déjouer le silence: contre-discours sur les femmes haïtiennes*. Investiga temas vinculados a la esclavitud, la raza, la clase, la masculinidad y las violencias.